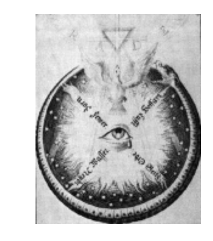




GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS & MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

-G.E.I.M.M.E.-

Fundado el 12 de Octubre de 2.003

Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.

BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 37

21 de Marzo de 2.013

S U M A R I O

LA LLAVE DE ORO DEL ILUMINISMO MÍSTICO

Por Jean-Marc Vivenza

LA VERDAD ESTÁ EN EL HOMBRE

Louis-Claude de Saint-Martin
(1743-1813)

LA INICIACIÓN CABALLERESCA

Gérard de Sorval




G.E.I.M.M.E.

LA LLAVE DE ORO DEL ILUMINISMO MÍSTICO

Cristianismo transcendente e Iglesia interior según la doctrina de la iniciación

Jean-Marc Vivenza

"La Iglesia interior nació justo después de la caída del hombre, y recibió de Dios inmediatamente la revelación de los medios por los que la especie humana caída será reintegrada en su dignidad, y liberada de su miseria. Recibió el depósito primitivo de todas las revelaciones y misterios; recibió la llave de la verdadera ciencia, tanto divina como natural".
(K. von Eckhartshausen, *La Nube sobre el Santuario*, 1802)

Desde el siglo XVIII, algunos masones procedentes de la **corriente iluminista**, en el momento en que las logias se multiplicaban en Europa, estuvieron convencidos de que la **franc-masonería** procedía de una rama iniciática original que participaba de los misterios sobre la naturaleza, el mundo, los seres y las cosas, misterios que llegaban incluso a la misma religión y lo que esta representa.

Su convicción era que el cristianismo fue, antes que todo, y sigue siendo, una auténtica iniciación. Este discurso se expandió por numerosos espíritus y muchos se adhirieron a esta idea que se convirtió en una especie de visión común para todos aquellos que aspiraban a una comprensión más interior, más sensible y sutil, de verdades que la Iglesia imponía por autoridad, incluso que sencillamente había olvidado.

Esto mismo lo sostendrá positivamente **Jean-Baptiste Willermoz** (1730-1824) en un ritual destinado a los miembros de la última clase ostensible del Régimen Rectificado, y en unos términos extremadamente claros: *"Desafortunados son aquellos que ignoran que los conocimientos perfectos nos fueron traídos por la Ley espiritual del cristianismo, que fue una iniciación tan misteriosa como la que la había precedido: es en ella donde se encuentra la Ciencia universal. Esta Ley desvela nuevos misterios en el hombre y en la naturaleza, convirtiéndose en el complemento de la ciencia"*[1].

[1] *Instrucción para los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa*, 1784, Biblioteca Municipal de Lyon, Fondos Willermoz, MS 5921.

I. De los errores y de la verdad

¿Cómo hemos llegado a esta idea?

Para ello es necesario examinar el contexto que propició el surgimiento de esta sensibilidad en el interior de la vasta corriente del iluminismo europeo.

Fue en Lyon, donde residía desde 1774, después de abandonar Burdeos tras la salida para Santo Domingo de aquel de quien fue su secretario, **Martines de Pasqually** (+ 1774), donde **Louis-Claude de Saint-Martin** (1743-1803) redactó su primera obra: *"De los errores y de la verdad o los hombres llamados al principio universal de la ciencia"*[2], que fue escrita en casa de **Willermoz** para responder a las afirmaciones de **Nicolas-Antoine Boulanger** (1722-1759), quien pretendía, en su *Antigüedad desvelada* (1766), que suscitará además la admiración del muy materialista **barón d'Holbach** (1723-1789) y de numerosos autores masónicos, que las religiones habían nacido, en su origen, por los miedos que los hombres pudieron sentir ante el espectáculo impresionante de los fenómenos naturales (eclipses, truenos, rayos, terremotos, seísmos, etc.).

Saint-Martin se aplicó en demostrar que el hombre posee en sí mismo, más allá de los elementos que le fueron proporcionados por su conocimiento sensible y las reacciones que producen en su conciencia, una luz interior "activa e inteligente" que es la única fuente real del pensamiento religioso, dándole un inexplicable saber, no material, sobre la base, en el plano imaginario, de alegorías y mitos, y sobre todo, y aquí tocamos el ontologismo metafísico que se encuentra en muchos místicos (**Maestro Eckhart**[3]**, san Juan de la Cruz**[4], y evidentemente **Jacobo Boehme**[5]), del pensamiento de Dios y de su infinidad.

Saint-Martin, en su plan, se basa en la necesaria explicación previa de la naturaleza del hombre con el fin de llevar más lejos su razonamiento, y muy hábilmente y con un arte consumado de la pedagogía teosófica, lleva a su lector a descubrir el lazo íntimo que religa nuestros conocimientos al Principio superior, lo cual es su fuente. Explica que subsiste en cada ser una auténtica capacidad de volver y reencontrar **"la Unidad"** primera, reencontrar en sí mismo la fuente luminosa del Espíritu, y es por lo tanto siempre posible realizar, bajo ciertas condiciones, evidentemente, una saludable armonía entre la naturaleza del hombre y la Divinidad en la medida en que, por el canal de un corazón iluminado, el espíritu puede ser beneficiario de luces íntimas irradiando con inefable conocimiento por la que el mismo Verbo divino se revela en el alma; **"Revelación"**, de alguna forma, en la que además consistió el cristianismo en su origen,

---

[2] El título *"De los errores y de la verdad"* sigue así: *"Obra en la que, haciendo observar a los observadores la incertidumbre de sus investigaciones, y su desprecio continuo, les indica el camino que deberían haber seguido, para adquirir la evidencia física sobre el origen del bien y del mal, sobre el hombre, sobre la naturaleza material, la naturaleza inmaterial y la naturaleza sagrada"*.

[3] Maestro Eckhart (1260-1328), en su doctrina de la analogía de atribución, sostiene que las criaturas y el Creador mantienen una relación comparable con las que existen entre los atributos y las sustancias: "*Si Eckhart busca penetrar la envoltura de los seres creados para comprender a Dios, es porque las criaturas son analogías finitas siempre hambrientas de la infinidad del ser…"* (*cf.* Vladimir Lossky, *Teología negativa y conocimiento de Dios en el Maestro Eckhart*, ch. V, Splendor in medio, § 11, *A Deo et in Deo*).

[4] La comunión de identidad entre la intelección y la Esencia divina increada está fundada en esta convicción: solo lo semejante conoce lo semejante: *"el conocimiento esencial de la Divinidad, sin intermediario alguno (…) se opera por un cierto contacto del alma con la Divinidad, cosa que está por encima de todo sentido y todo accidente, ya que se trata de un contacto de sustancia pura con otra sustancia pura, es decir, del alma con la Divinidad"* (S. Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, str. 32e).

[5] "*¿Adónde quieres ir pues a buscar a Dios? No lo busques sino en tu alma que es la naturaleza eterna, de la que es el divino engendramiento"* (*Confesiones*, ch. 6, § VII, 16).

tal y como se presentó, según el Filósofo Desconocido, el Cristo, habiendo anunciado a la Samaritana que convenía ahora adorar a Dios en *"Espíritu y en verdad"* (*Juan* IV, 23-24).

Saint-Martin avisó así en su Prólogo: *"Sin embargo, aunque la luz esté hecha para todos los ojos, es más cierto aún que todos los ojos no están hechos para verla en su esplendor. (...) el pequeño número de los hombres depositarios de las verdades que anuncio está entregado a la prudencia y a la discreción por sus compromisos más formales"*[6].

II. Los sacerdotes han olvidado las verdades del cristianismo

En lo que insistía además Saint-Martin, era en que los sacerdotes habían olvidado por completo las verdades fundacionales del cristianismo, hasta tal punto que incluso representan hoy un obstáculo para su comprensión, en particular para las almas deseosas de conocimientos verdaderos que ocultan a sus ojos. Subrayaba así:

> *"Son los sacerdotes los que retrasaron o perdieron el cristianismo, la Providencia que quiere hacer avanzar el cristianismo previamente debió apartar a los sacerdotes, y así se podría de algún modo asegurar que la era del cristianismo en espíritu y en verdad no comenzará hasta la abolición del imperio sacerdotal; puesto que, cuando vino Cristo, su tiempo aún estaba en el milenio de la infancia, y debía crecer lentamente a través de todos los humores corrosivos con los que su enemigo debía buscar infectarlo. Hoy ha adquirido una edad más avanzada, esta edad, siendo una generación natural, debe dar al cristianismo un vigor, una pureza, una vida, de la que no podía gozar aún en su nacimiento"*[7].

Saint-Martin sostendrá además explícitamente un punto de vista bastante compartido, demostrando bien la influencia de ciertas tesis sobre la corriente iluminista, iluminando muy nítidamente la naturaleza de las fuentes de la doctrina iniciática :

> *"En los primeros siglos de nuestra era, los santos padres, quienes ya solo tenían un reflejo y un histórico del verdadero cristianismo… **sacaron de entre los célebres filósofos de la antigüedad varios puntos de una doctrina oculta**, que solo podían explicar por la letra del evangelio, **al no tener ya la llave del verdadero cristianismo"*** (*El ministerio del hombre-espíritu*, 1802).

Eco directo de las tesis de Saint-Martin, la convicción profunda de Willermoz y de sus hermanos que lo rodeaban, y que se impuso a ellos bajo la influencia de las enseñanzas de Martines de Pasqually, participó de esta idea de que la institución eclesiástica había perdido a lo largo de las años, no sólo el sentido de su sacerdocio, sino que además se había hecho hostil a la esencia del auténtico cristianismo.

Willermoz, aunque católico respetuoso de su religión, tuvo el ejemplo de Saint-Martin de los juicios severos a este respecto, y como vamos a constatar, no dudó en evocar la intolerancia

[6] *De los Errores y de la verdad*, Edimburgo [Lyon], 1775, p. IV-V.
[7] Saint-Martin, *Mi Retrato histórico y filosófico, (1789-1803)*, § 707.

ignorante de la clase sacerdotal ante lo que ya dejó de ser conocido por ella, y que designa, a falta de conservar el depósito, como "errores" o "innovaciones peligrosas", lo que en el lenguaje de la Iglesia es simplemente sinónimo de "herejías".

He aquí lo que escribió Willermoz sobre el tema, en unas expresiones a las que no les falta ningún rigor:

> *"No podíamos pasar por alto* ***esta clase convertida en la más intolerante, la más obstinada en su sistema y la más peligrosa****, porque a veces se jacta de su ignorancia. Los que la componen, audaces y fuertes en sus decisiones,* ***presuntuosos en sus reivindicaciones y dominados, tal vez sin darse cuenta de ello, por un orgullo sacerdotal, que a menudo sobrecoge el corazón de los más humildes****, tienden a identificar su persona con el carácter sagrado del que están revestidos y fingen muy hábilmente el tono y el lenguaje desdeñoso de una morgue teológica, lo cual revela su secreto despecho por ignorar lo conocido, respetado y buscado por otros hombres estimables, instruidos y muy religiosos.*
> ***Terminan abusando hasta querer persuadir de que todo lo que no es conocido por ellos ni por los maestros de sus primeros estudios resulta falso e ilusorio, y es una serie de*** **errores** ***e*** **innovaciones** ***peligrosas contra las que no se puede bajar la guardia****. Esperemos que reconozcan su error y dejen sus funestas prevenciones, que sólo pueden privarles para siempre de lo que fue la fortaleza y el consuelo de sus predecesores en el ministerio sagrado que realizan"*[8].

III. La doctrina del iluminismo: *pérdida del cuerpo de gloria de Adam y reclusión en la materia.*

Para comprender en qué el iluminismo rechaza y descarta ciertas posturas dogmáticas de la Iglesia, muy a menudo en unos **términos relativamente rigurosos**, conviene considerar previamente que esta corriente está en la encrucijada de numerosísimas influencias, ya que se nutrió con los ecos de los beateríos, de los "Hermanos del Libre Espíritu", de la Reforma, de la difusión de los escritos herméticos, de los textos de los Cabalistas cristianos del Renacimiento, de las traducciones de las obras de los pensadores y filósofos de la antigüedad, de los escritos de los visionarios, todo esto llevado por el soplo de una poderosa renovación mística que englobó los diversos círculos espirituales de Europa. La corriente iluminista se expandió de este modo sobre un largo periodo de tiempo, globalmente desde principios del siglo XVIII desde el momento en que las logias operativas se abrieron a letrados que no ejercían el "oficio", hasta los primeros años del siglo XIX, digamos hasta la muerte de **Jean-Baptiste Willermoz** en 1824 si verdaderamente queremos una fecha, ya que, sin duda, fue el último mayor de sus representantes en desparecer.

Robert Amadou (+2006), hablando del iluminismo masónico, señaló muy justamente: *"**La verdad de la franc-masonería es la gnosis, iluminadora con riesgo de pleonasmo** (…) la franc-masonería procede del iluminismo y, en particular, del iluminismo de su siglo, el siglo XVIII"*[9].

---

[8] J.-B. Willermoz, *Cuaderno D 5e*, Biblioteca Nacional de París, 1806-1818.
[9] R. Amadou, [Iluminismo], in *Enciclopedia de la Franc-Masonería*, Librería General Francesa, 2000, p. 427.

Esta “**gnosis iluminadora”** descansa, de hecho, en una concepción de la “generación divina”, una teogonía (*Θεογονία*) que se apoya en el desarrollo referente a la vida divina y a sus diferentes episodios (rebelión de los ángeles, caída de los primeros espíritus, preexistencia inmaterial de Adam, materia tenebrosa, mundo creado corrompido, etc.). Respecto a esto, y este punto es esencial para la buena comprensión del tema, el iluminismo va a apoyarse en las tesis originales, de las que una, situada en la base de todo el sistema doctrinal de Martines de Pasqually -aunque esta idea es común a los principales pensadores llamados “iluministas”- enuncia una teoría de la Creación **muy diferente de la que sostiene la Iglesia**, ya que esta teoría afirma que Adam fue primitivamente un espíritu puro idéntico a los ángeles que, en razón de su pecado, de su falta original, fue encerrado en un cuerpo de materia para su castigo. Esta teoría choca de lleno con la enseñanza de la Iglesia para la que, aunque la materia fue mancillada por el pecado original, esta jamás ha sido una “prisión” concebida para recluir a los demonios, y menos aún a un hombre, que habría sido “**despojado”** de su naturaleza primitiva gloriosa para ser precipitado en un cuerpo de materia. Estas proposiciones, que encontramos tanto en Martines, Willermoz como en Saint-Martin, son absolutamente **inaceptables** para la dogmática de la Iglesia.

Sin embargo, es lo que va a sostener con una constante insistencia Martines de Pasqually, quien, incluso hará de ello, no sólo el tema principal de su *Tratado sobre la reintegración de los seres*, sino el eje, el fundamento inicial y primero sobre el que se apoyará toda su **doctrina de la “reintegración”**, ya que esta doctrina descansa, primero y antes que nada, sobre una concepción que postula el **carácter “necesario” de la Creación**, respondiendo así a un drama sin el que jamás hubiera habido ni materia, ni mundo creado, ni expulsión de los espíritus -entre ellos Adam- de la inmensidad celeste. Esta idea de una Creación obligada con el fin de castigar y encerrar a los demonios, encerrando luego a Adam y toda su posteridad en la materia como castigo de la prevaricación, es pues la **“Llave conceptual”** de toda la **doctrina de la reintegración** que, si no se entiende o, como es el caso muy a menudo, se ignora, haría derrumbarse todas las especulaciones sobre Martines y su pensamiento.

Este terrible despojamiento de su **“cuerpo de gloria”**, para ser precipitado en las cadenas tenebrosas de la materia, nos es explicado así por Martines, que toma el ejemplo de la Encarnación del Divino Reparador para mostrarnos mejor lo que le ocurrió, para su terrible castigo, a nuestro ancestro Adam :

> ***“…esta formación corporal del Cristo nos representa la incorporización material del primer hombre, quien, después de su prevaricación, fue despojado de su cuerpo de gloria y él mismo cogió uno de materia grosera, precipitándose en las entrañas de la tierra****. Puesto que, antes de que este espíritu divino doblemente potente y superior a cualquier ser emanado viniera a operar la justicia divina entre los hombres, habitaba en el círculo puro y glorioso de la inmensidad divina. Pero cuando fue enviado por el Creador, abandonó esa morada espiritual para venir a recluirse en el seno de una mujer virgen.* ***Ahora bien, el abandono que hace este menor Cristo de su verdadera morada ¿no nos recuerda la expulsión del primer hombre de su cuerpo de gloria?*** *La entrada de este mayor espiritual, o verbo del Creador, en el cuerpo de una mujer virgen ¿no nos recuerda claramente* ***la entrada del primer menor en los abismos de la tierra, para revestirse con un cuerpo de materia?****”* (*Tratado sobre la reintegración de los seres*, § 91).

Este término de "Menor" designa así al hombre en la terminología de Martines, señalando la clase de potencia *"cuaternaria"* en el seno de las diferentes clases de espíritus emanados y no creados, a la que Dios había conferido grandes privilegios. Adam fue **emanado en un estado de gloria, y no en un cuerpo vil de materia**, para que pudiese obrar en el restablecimiento de la armonía divina rota por los espíritus perversos. Dios depositaba pues en su "Menor" numerosas esperanzas. Sin embargo, el Menor fue precipitado por desgracia, después de su desobediencia, en el centro de la superficie terrestre en un **cuerpo animal**, **degenerando de su forma de gloria "cuaternaria" en una forma de materia impura "ternaria"**, habiendo sido *"despojado de su cuerpo de gloria"* para ser revestido con un cuerpo de *"materia grosera"*. Desde entonces, los "Menores", o hijos de Adam, sufren los dolores de una agotadora situación, ya que: *"El Creador dejó subsistir la obra impura del menor a fin de que este menor fuera molestado de generación en generación, por un tiempo inmemorial, teniendo siempre ante los ojos el horror de su crimen"* (*Tratado*, 23).

El *Tratado* de Martines va a tener una influencia considerable sobre Willermoz, en tanto que fuente teórica completamente destacable, presentándose como un relato general de la Creación, incluso antes de la aparición del hombre y del mundo. Este texto fundamental será la base, no explícita sino muy real, de la **doctrina del Régimen Rectificado**, y explica todo el discurso de sus *Instrucciones* en cada grado hasta las de las clases no-ostensibles, principalmente toda la temática constante que versa sobre la desconfianza con respecto al mundo creado, la unión "*monstruosa*" del espíritu con un cuerpo animal, y la aspiración a la emancipación del alma fuera de los *"**vapores groseros de la materia**".*

Esta doctrina, cuya similitud con el pensamiento de **Orígenes** (siglo III) es evidente, fue igualmente la de Louis-Claude de Saint-Martin, y la de aquellos que se adhirieron después a su escuela, formando, principalmente en los países del Norte, una rica corriente que reivindica abiertamente la influencia del teósofo francés y de su "**mística especulativa"**, cuyos escritos serán difundidos por **Mathias Claudius** (1740-1815) (traductor de *De los errores y de la verdad* en 1782), luego por **Johann Friedrich Kleuker** (1749-1821) y **Gottlieb Heinrich von Schubert** (1780-1860).

De esta forma, vimos formarse un círculo de auténticos admiradores del Filósofo Desconocido, formado por el escritor pietista **Jung-Stilling** (1740-1817), ligado a **Jacobi** (1743-1819), **Diethelm Lavater** (1743-1826) y **Justinus Kerner** (1786-1862), quienes participaron de una significativa renovación espiritual en su región, sin olvidar a aquel que, en razón de su inmenso esplendor fue apodado el "mago del Sur", **Friedrich Christoph Oetinger** (1702-1782), dejando una obra personal del más alto interés, trabajo, en parte, sobre el origen de los estudios realizados por el admirador de Martines de Pasqually, **Joseph de Maistre** y **Saint-Martin**, o bien el muy pertinente y fecundo erudito **Franz von Baader** (1765-1841), quien aportó su reflexión sobre la cuestión de **la esencia primitiva del cristianismo**, en cuya esencial sustancia tuvo el placer, incansablemente, de ahondar, comentar y profundizar las posturas y las teorías de aquellos que admiró, e incluso llegó a considerar como los maestros por excelencia de la renovación, iluminando los misterios de la Revelación cristiana olvidados por la Iglesia.

Esta renovación corresponde a la emergencia de una idea propia al iluminismo, la de un **"cristianismo transcendente"**, es decir, un cristianismo que versa sobre verdades ignoradas o perdidas por la Iglesia, idea cuyo lugar considerable vamos a ver en el pensamiento de las

principales figuras de la corriente iluminista para las cuales, en el origen, el cristianismo, antes de ser una religión, fue una iniciación detentora de secretos esenciales.

IV. El cristianismo fue primero una iniciación

El cristianismo, en los primeros tiempos de su emergencia en el escenario de la Historia, pensaban los iniciados del siglo XVIII, fue una vía magnífica ofrecida a cada "alma de deseo" a fin de que pueda reencontrar su verdadero origen y su naturaleza esencial, cosa en la que consiste su verdadera felicidad en este mundo y en el otro.

Fue en este ambiente, tendente a la búsqueda de un cristianismo original, en el que la creación de la Gran Logia de Londres en 1717 manifestó algunas proposiciones en la redacción del célebre artículo primero de las *Constituciones de Anderson* en 1723, artículo *"concerniente a Dios y a la religión"*: *"Un Masón está obligado, por su compromiso, a obedecer a la ley moral; y si comprende justamente el Arte, jamás será un ateo estúpido ni un libertino irreligioso. Pero, aunque en los tiempos antiguos, los Masones tuvieron el deber, en cada país, de ser de la religión de este país o nación, fuere la que fuere, ahora hemos considerado más conveniente obligarles solo en esta religión en la que todos los hombres concuerdan, dejando a cada uno sus opiniones particulares; es decir, ser hombres de bien y leales, o hombres de honor y probidad, por algunas confesiones o creencias que puedan distinguirse; por ello la Masonería se convierte en el Centro de Unión y el medio para establecer una verdadera amistad entre personas que hubieran podido permanecer perpetuamente distanciadas"*[10].

La formulación deja ver un acercamiento a la evidencia completamente innovador. Es cierto, *"la opinión particular"* evocada por Anderson era una tolerancia entre cristianos destinada a poner término a los enfrentamientos religiosos. Pero, en cuanto a la *"religión en la que todos concuerdan"* o "están de acuerdo", religión por consiguiente universal, y a la que, en la segunda edición de sus Constituciones en 1738, Anderson dio el nombre de **"noaquismo"**, no es exactamente del deísmo de lo que se trataba o de esa religión natural que excluye la Revelación, sino de la religión fundada sobre la primera Revelación de Dios al hombre, manifestada por la primera Alianza de Dios con Noé, de la que habla la Biblia. Lo que Anderson tenía en el punto de mira era, pues, realmente una especie de cristianismo primitivo, universal, del que **san Agustín** había formulado la intuición, el primero, por esta famosa frase: *"verdadera religión [que] tiene mucho más de dieciocho siglos [y] nació el día en que nacieron los días"*[11].

Tal era la idea primera de Anderson que abría el cristianismo a una concepción amplia, una adhesión a la *"religión en la que todos los hombres concuerdan"*. Pero, para ello, aún convenía, y así lo percibió muy justamente Willermoz para que tal comprensión surgiera en los corazones, que un lento trabajo interior fuera emprendido, un trabajo reparador cuyo objeto sería confiado a un sistema iniciático que consagraría sus trabajos a una percepción de lo que fue, en su esencia y en su realidad efectiva, la religión primitiva, de modo que ofreciera a cada uno las luces sobre lo que nos religa, de modo estrecho y esencial, con lo invisible.

[10] *Constituciones de Anderson*, trad. Daniel Ligou, Lauzeray International, 1978.
[11] *Escritos masónicos de Joseph de Maistre*, Slatkine, 1983, p. 97. Maistre, en su texto, cita en realidad un verso de Racine, *"La Religión"*, Cant III, V. 36.

V. El cristianismo transcendente

Joseph de Maistre (1753-1821), requerido para saber en lo que el nuevo sistema masónico rectificado debía apoyarse en el marco de sus enseñanzas, utilizó la expresión "**cristianismo transcendente"** a fin de designar, diferenciándolo del **cristianismo profesado por la Iglesia**, el carácter propio de esta forma singular de espiritualidad.

Joseph de Maistre creyó, sin temor, poder declarar, en su ***Memoria al duque de Brunswick***, que esperaba *"añadir al Credo algunas riquezas"*, y no cabe ninguna duda de que estas riquezas procedían de diferentes "luces" recibidas en logia. Lector asiduo de **Clemente de Alejandría** (siglo II) y **Orígene**s que era Maistre, encontró pues, en la doctrina del **Régimen Rectificado**, una **"gnosis"** cristiana que concordaba de maravilla con sus propias convicciones y que le dio acceso a una lectura renovada del tema de la creación del mundo, una explicación espiritual de las Escrituras, una visión cosmogónica del orden natural y sobrenatural en la que comprendió los lazos estrechos, y secretos, que ligan el cristianismo con la religión primera, con el sacerdocio primitivo que ejercía Adam antes de la Caída.

Así, en su *Memoria al duque de Brunswick* (1782), Maistre expuso, con una precisión destacable y una intuición incomparable, lo que debía ser la naturaleza del **"cristianismo transcendente"**, proponiendo un acercamiento innovador, absolutamente **no dogmático** de lo que es, y debe ser, el cristianismo, rechazando una lectura literal de las Escrituras:

> *"Todo es misterio en los dos Testamentos*, **y los elegidos de una y otra ley solo eran verdaderos iniciados.** *Por lo tanto hay que interrogar a esta venerable Antigüedad y preguntarle cómo entendía las alegorías sagradas.* ***¿Quién puede dudar que este tipo de investigaciones nos proporcionen armas victoriosas contra los escritores modernos que se obstinan en ver en las Escrituras sólo el sentido literal?*** *Ya son refutados por la única expresión de* ***Misterios de la Religión*** *que empleamos todos los días sin penetrar su sentido. La palabra* ***misterio*** *significaba en el principio sólo* ***una verdad oculta*** *bajo tipos por aquellos que la poseían. Sólo fue por extensión y por así decirlo por corrupción como se aplicó desde hace tiempo esta expresión a todo lo oculto; a todo lo que es difícil de comprender. (…) Parece pues que no hay necesidad de un diccionario etimológico para refutar a los partidarios de "al pie de la letra". Pero ¿cómo podrían resistir al sentimiento unánime de los primeros cristianos que lo tomaban todo en el sentido alegórico? Sin duda llevaron el sistema demasiado lejos, pero como, siguiendo la observación de Pascal, los falsos milagros prueban los verdaderos, igual también el abuso de las explicaciones alegóricas anuncia que esta doctrina tenía una raíz real que hemos perdido de vista demasiado pronto.* ***¿Con qué derecho se puede contradecir toda la Antigüedad eclesiástica que nos dejó entrever tantas verdades ocultas bajo la corteza de las alegorías?*** *(…) Qué vasto campo abierto al celo y a la perseverancia (…) Que unos se sumerjan valientemente en los estudios de erudición que pueden multiplicar nuestros títulos y aclarar aquellos que poseemos. Que otros, cuyo su genio llama a las contemplaciones metafísicas, busquen en la naturaleza misma de las cosas las pruebas de nuestra doctrina. Que finalmente otros (y ¡quiera Dios que haya muchos!) nos digan lo que han*

> *aprendido de ese Espíritu que sopla donde quiere, como quiere y cuando quiere"*[12].

Carácter iniciático del cristianismo, misterios velados detrás del aspecto literal de las Escrituras, recurso al sentido alegórico, llamamiento a la **contemplación metafísica**, en realidad, el concepto **"cristianismo transcendente"** acababa de ser expuesto, más exactamente redefinido, propuesto, y sobre todo adaptado con una precisión destacable para los tiempos por venir a la intención de los espíritus que quieran acceder a un contacto real, inmediato, con las verdades de la religión, sin sufrir los límites impuestos por una institución eclesial que descartó, a partir del siglo VIº, los conocimientos importantes que constituían el tesoro de los primeros cristianos, como lo subrayaba Willermoz :

> *"La duda y el error de aquellos no proceden sino de la ignorancia en la que han caído generalmente los hombres desde hace mucho tiempo sobre la causa ocasional de la creación del universo, sobre los propósitos de Dios en la emanación y emancipación del hombre, sobre su alto destino en el centro del espacio creado, y finalmente sobre los grandes privilegios, la gran potencia y la gran superioridad que le fueron dados sobre todos los seres buenos y malos que se encontraban allí dispuestos con él.* ***Todas estas cosas, los jefes de la Iglesia cristiana, a los que el conocimiento estaba casi exclusivamente reservado durante los cinco a seis primeros siglos del cristianismo, lo conocieron perfectamente****. Mejor instruidos sobre estos puntos importantes, habrían concluido que para rehabilitar a un ser tan grande, tan poderoso, hacía falta el mismo Dios"*[13].

VI. La refundación del cristianismo sobre bases transcendentes

Esta idea de puesta en marcha de un proyecto refundador con respecto al cristianismo, Willermoz la hizo el centro de lo que tomó el nombre, en 1778, de Rito o más exactamente de **Régimen Escosés Rectificado**, "rectificado" precisamente porque quiso traer de nuevo la Franc-masonería a su esencia primitiva, a su naturaleza verdadera: es decir, ser una vía que conduzca, tomando por ejemplo la forma arquitectónica propia del Templo de Jerusalén, *"del Porche al Santuario"*.

Esta economía espiritual del Régimen Rectificado, a saber la lenta y eficaz propedéutica de reconciliación del alma de cada masón con las verdades olvidadas de la iniciación, Willermoz la explicó en términos notables a un reformado, **Rodolphe Saltzmann** (1749-1820), señalándole que las verdades de la iniciación (emanación de los espíritus, preexistencia de las almas, incorporización de los seres en la materia como castigo por una falta anterior, disolución y destrucción del compuesto material, etc.), ya no son conocidos, desde hace varios siglos, por los ministros de la religión que lo condenan calificándolo de errores:

> *"La iniciación […] instruye al Masón, prueba al hombre de deseo, sobre el origen y formación del universo físico, sobre su destino y la causa ocasional de su creación, en tal momento y no en otro; sobre la emanación y emancipación*

[12] *Memoria al duque de Brunswick*, 1782.
[13] J.-B. Willermoz, *Tratado de las dos naturalezas*, 1818.

del hombre en una forma gloriosa y su destino sublime en el centro de las cosas creadas; sobre su prevaricación, su caída, la buena acción y la necesidad absoluta de la encarnación del Verbo mismo para la redención, etc. etc. etc.
Todas estas cosas de las que deriva un sentimiento profundo de amor y de confianza, de temor y respeto y de vivo agradecimiento de la criatura para con su Creador, fueron perfectamente conocidos por los Jefes de la Iglesia durante los cuatro o seis primeros siglos del cristianismo.
Pero, desde entonces se perdieron y borraron sucesivamente hasta tal punto que hoy en día, tanto en vosotros como en nosotros, los ministros de la religión tratan de innovadores a todos aquellos que sostienen la verdad. Ya que esta iniciación tiene por objeto restablecer, conservar y propagar una doctrina tan luminosa y tan útil, ¿por qué no nos ocupamos, sin amalgamas, de este cuidado en la clase que le está especialmente consagrada?"[14].

Por lo tanto, no son verdades por admitir en razón de una autoridad eclesial, creencias a las que es necesario someterse en razón de una obligación dogmática, la adopción durante las ceremonias de posturas artificiales en las que haría falta afirmarse cristiano de boquilla, superficialmente, según escenas teatrales como las que representaba una masonería dispensando grados a los títulos prestigiosos y a las denominaciones admirables, pero que en realidad estaba desprovista de los secretos verdaderos de la iniciación; a lo que aspiraba el Régimen Rectificado era muy diferente, se trataba de redescubrir las enseñanzas ocultas desde hace varios siglos, **enseñanzas olvidadas y rechazadas por la Iglesia** que las designa ahora como errores, y restablecer, por fin, la ***santa doctrina*** que se perpetúa por la iniciación de edad en edad hasta nosotros, para que pueda ayudar a las almas a reencontrar su esencia divina primitiva.

VII. La Iglesia interior obra sobre el conocimiento del ministerio sacerdotal y del verdadero culto.

"La Iglesia interior nació justo después de la caída del hombre, y recibió de Dios inmediatamente la revelación de los medios por los que la especie humana caída será reintegrada en su dignidad, y liberada de su miseria. Recibió el depósito primitivo de todas las revelaciones y misterios; recibió la llave de la verdadera ciencia, tanto divina como natural. (…) Este santuario interior permaneció siempre invariable, aunque el exterior de la religión, la letra, recibió con el tiempo y las circunstancias diferentes modificaciones, y se alejó de las verdades interiores, las cuales únicamente pueden conservar el exterior o la letra. (…) La religión y los Misterios se dan la mano para guiar a todos nuestros hermanos a una verdad; una y otros tienen por meta un giro, una renovación de nuestro ser; ambos tienen por fin la reedificación de un templo en el cual la sabiduría habita con el amor, Dios con el hombre. (…) ***La religión se divide en una religión exterior y una interior****. La religión exterior tiene por objeto el culto y las ceremonias, y* ***la religión interior, la adoración en espíritu y en verdad.*** *(…) Pero nos acercamos ahora al momento en que el espíritu debe volver la letra viviente, en que* ***la nube que cubre el santuario desaparecerá****, en que los*

[14] *Carta de Willermoz a Saltzmann*, del 3 al 12 de mayo de 1812, in *Renaissance Traditionnelle*, n° 147-148, 2006, pp. 202-203.

jeroglíficos pasarán a visión real, las palabras a entendimiento. Nos acercamos al tiempo en que ***se rasgará el gran velo que cubre el Santo de los santos****. Aquel que honra los santos misterios ya no se hará comprender por las palabras y los signos exteriores, sino por el espíritu de las palabras y la verdad de los signos. Es así como* ***la religión ya no será un ceremonial exterior, sino que los misterios interiores y santos transfigurarán el culto exterior para preparar a los hombres para adorar a Dios en espíritu y en verdad****. Pronto la noche oscura de la lengua de las imágenes desaparecerá, la luz engendrará el día, y la santa oscuridad de los misterios se manifestará en el esplendor de la más alta verdad"*[15].

CONCLUSIÓN

El cristianismo transcendente, por la enseñanza silenciosa recibida de la Iglesia interior, nos hace comprender que hay en el hombre algo que está fuera del tiempo, un lugar fuera del espacio, a pesar de la potencia de nuestras determinaciones materiales, y es en este mismo lugar donde se cumple la revelación del espíritu. En el interior del corazón, cuando éste se libera poco a poco de las tinieblas, entonces aparece una luz secreta, la luz que el mundo no ve, puesto que, como dice San Juan: *"aquel que está en vosotros, es más grande que aquel que está en el mundo"* (I *Juan* IV:4).

La luz que brilla en esta cámara del corazón, el **"Santo Palacio"**, el lugar del **"Perfecto silencio"**, confiere a este "centro" espiritual una importancia extrema, haciendo de este **Tabernáculo interior**, que se encuentra en el Oriente del hombre, allí donde se sitúa su corazón, allí donde la luz tiene su morada, la verdadera y auténtica ***Tierra Santa*** secreta, el **Santuario Interior** que es el crisol de nuestra reintegración por venir, cuando hayamos abandonado las cosas terrestres para nacer a la "gran luz" que romperá el velo de la materia como fue desgarrado desde lo alto hasta abajo el del Templo de Jerusalén :

> *"Este velo desgarrado* [del Templo] *es el verdadero tipo de la liberación del menor privado de la presencia del Creador. Explica la reintegración de la materia aparente, que vela y separa todo ser menor del conocimiento perfecto de todas las obras considerables que opera en cada instante el Creador para su gloria más grande. Explica el desgarro y el descenso de los siete cielos planetarios, que velan, por su cuerpo de materia, a los menores espirituales la gran luz divina que reina en el supraceleste. Explica aún la ruptura de aquel que ocultaba y velaba a la mayor parte de los menores el conocimiento de las obras que el Creador opera para su justicia más grande en favor de su criatura"* (*Tratado sobre la reintegración*, 94).

Para ayudarnos en este camino de ***reintegración***, para animarnos en este lento trabajo silencioso y secreto -que pasará inevitablemente, pero esto debe ser un motivo, no de tristeza sino de alegría intensa, por **la destrucción de nuestra forma material ilusoria y aparente-** podríamos decir y repetir muy a menudo en nuestro corazón, a fin de mantener despierta la llama del espíritu, este **bello texto inédito** de Jean-Baptiste Willermoz que destinaba, parece ser, especialmente a

[15] K. von Eckhartshausen, *La Nube sobre el Santuario*, 1802.

aquellos que emprendieron algún día, a pesar del poder de las “tinieblas”, el camino de retorno hacia el **Santuario**:

« Verdad eterna, me envuelves con tus rayos,
pero sombras tenebrosas se levantan sin cesar desde mi alma
y me impiden llevar la mirada hasta ti.

[…]

Escucha mi voz,
ven a activar a aquél que te llama con tanto ardor.

Abjuro del amor de los objetos sensibles;
eres lo único que quiero amar y contemplar
para siempre como mi única vida.

Puesto que eres tú quien es la vida del hombre,
y sé con evidencia que mi destino
es vivir siempre en ti y contigo”[16]



[16] J.-B. Willermoz, *Biblioteca municipal de Lyon*, *Ms* 5476.

LA VERDAD ESTÁ EN EL HOMBRE

Louis-Claude de Saint-Martin[17]

La fuente del deseo de conocimiento - La verdadera naturaleza del hombre - El plan y la obra - La naturaleza en el plano invisible - Los astros y las estrellas - Superioridad del hombre - Dos aspectos de la libertad - Libertad de Dios - El bien y el mal.

Las verdades fecundas y luminosas existirían menos para la felicidad del hombre que para su pesar si la atracción que siente por ellas fuera una inclinación que nunca pudiese satisfacer. Incluso sería una contradicción inexplicable en el primer *Móvil*, al que están sujetas radicalmente estas verdades, si queriendo sustraerlas a nuestras miradas las hubiese escrito en todo lo que nos rodea, como hizo en la fuerza viviente de los elementos, en el orden y la armonía de todas las acciones del Universo y, con más claridad aún, en el carácter distintivo que constituye el hombre.

Es mucho más conforme con las leyes de esta Causa primitiva pensar que no multiplicó a nuestros ojos los rayos de su propia luz para prohibirnos su conocimiento y su uso. Y si ha colocado cerca de nosotros, y en nosotros mismos, tantos objetos instructivos, es para dárnoslos a meditar y comprender, a fin de llevarnos, por su medio, a resultados brillantes y generales que puedan calmar nuestras inquietudes y deseos.

Estas verdades dejarían de parecernos inaccesibles si, por cuidados atentos e inteligentes, supiéramos coger el hilo que se nos presenta sin cesar, porque este hilo, que corresponde a la luz en nosotros, cumpliría entonces con el principal objeto que se propone, que sin duda es aproximarnos a ella y reunir los dos extremos.

Para concurrir a una meta tan importante, empecemos por disipar las dudas que se levantaron sobre la verdadera naturaleza del hombre, porque es de allí de donde debe resultar el conocimiento de las leyes y de la naturaleza de los demás Seres.

El hombre no puede dar la existencia a ninguna obra material sin proceder por actos que son, por así decirlo, las Potencias creadoras, las cuales, aunque operen internamente y de manera invisible, son aun así igual de fáciles de distinguir tanto por su rango sucesivo como por sus diferentes propiedades: por ejemplo, antes de levantar un edificio he concebido el plano o el pensamiento, he adoptado el plano y, finalmente, he elegido los medios idóneos para realizarlo.

Es evidente que las facultades invisibles por las que he tenido el poder de producir esta obra son, por su naturaleza, muy superiores a su resultado, y son completamente independientes de ellos. Pues este edificio hubiese podido no existir sin alterar por ello las facultades que me hacen capaz de crearlo. Después de haber recibido su existencia, [mis facultades] conservan la misma superioridad, ya que tienen el poder de destruirlo: no destruirlo es de alguna forma seguir dándole existencia; finalmente, si desapareciera, las facultades que le dieron el Ser seguirían siendo lo que eran antes y durante su existencia.

No sólo estas facultades son superiores a sus producciones sino que además no puedo dejar de reconocer que son superiores y extrañas a mi propio cuerpo, porque operan en la calma de todos mis sentidos, porque mis sentidos pueden ser los órganos y los ministros, pero no el

[17] Este texto corresponde al capítulo I de su obra *"Cuadro natural de las relaciones que existen entre Dios, el Hombre y el Universo"*.

Principio radical y generador; porque mis sentidos no actúan sino por impulso mientras que mi Ser intelectual actúa por deliberación; porque mis facultades intelectuales tienen un poder real sobre mis sentidos, en el sentido de que extienden sus fuerzas y uso por los diferentes ejercicios que mi voluntad puede imponerles, mientras que mis sentidos solo tienen un poder pasivo sobre mis facultades: el de absorberlas. Porque, finalmente, en geometría la precisión más escrupulosa y más satisfactoria para los sentidos deja siempre alguna cosa que desear al pensamiento, como en esa multitud de figuras cuyas correspondencias y relaciones corporales conocemos pero cuyos números y relaciones verdaderas están fuera de lo sensible.

Esta carrera de las obras del hombre debe iluminarnos sobre los objetos de un orden superior, porque si nuestros actos más materiales y más alejados de la *Vida* tienen así su Ser en Potencias estables y permanentes, que son sus Agentes necesarios, ¿podríamos negar admitir que los resultados materiales más perfectos, tal como la existencia de la Naturaleza física general y particular, sean igualmente el producto de Potencias superiores a esos resultados? Cuanto más una obra contiene perfecciones, más señala su Principio generador. ¿Por qué desconfiaríamos pues de esta idea a la vez simple y amplia, que nos ofrece una sola y misma ley para la producción de todas las cosas, aunque sean distinguidas por su acción y por su carácter fundamental?

La superioridad de las producciones de la Naturaleza no les exime de ser el resultado de Potencias o facultades análogas, en esencia y en virtud, a aquéllas que se manifiestan necesariamente en el hombre para la producción de todas sus obras. Puesto que, aunque estas obras estén formadas sólo por transposiciones o modificaciones, no podemos dejar de verlas como especies de Creaciones, ya que, por los diferentes arreglos y combinaciones de sustancias materiales construimos objetos que solo existían antes en sus principios.

Si el edificio universal de la Naturaleza sólo puede ser la obra visible de facultades anteriores a su producción, tendremos la misma certeza de la existencia de esas facultades que de la realidad de las que se manifiestan en nosotros. Y podemos afirmar que los hechos de la Naturaleza, siendo materiales como los nuestros, aunque de un orden superior, los órganos físicos de la Naturaleza universal no deben conocer ya las facultades que les han creado y les dirigen, como tampoco nuestras obras ni nuestro cuerpo conocen aquéllas que evidentemente sabemos que existen en nosotros.

También la obra universal de esas facultades invisibles, su resultado, la Naturaleza, podría no haber existido nunca, podría perder la existencia que ha recibido, sin que las facultades que la produjeron perdieran nada de su poder ni de su indestructibilidad, dado que existen independientemente de sus producciones materiales, como mis facultades invisibles existen independientemente de las obras que produzco.

Detengámonos un momento y leamos, en el mismo Universo, la prueba evidente de la existencia de esas Potencias físicas superiores a la Naturaleza.

Sea cual sea el centro de las revoluciones de los astros *errantes*, su ley les da a todos una tendencia hacia ese centro común por el cual están igualmente atraídos.

Sin embargo, los vemos conservar la distancia con ese centro, acercarse unas veces más y otras menos, según las leyes regulares, pero jamás tocarlo ni unirse con él.

En vano se opone la atracción mutua de los astros planetarios, la cual hace que, balanceándose unos a otros, se sostengan mutuamente y resistan todos a la atracción central. Siempre quedaría preguntarse por qué la atracción mutua y particular de los astros no les une unos con otros para precipitarlos después a todos hacia el centro común de su atracción general; porque si su balanceo y sostén depende de sus diferentes aspectos y de cierta posición respectiva, seguro que por sus movimientos diarios esta posición varía, y así, desde hace mucho tiempo, su ley de atracción habría sido alterada, al igual que el fenómeno de permanencia que se les atribuye.

Podríamos recurrir a las estrellas fijas, las cuales, a pesar de la enorme distancia donde se encuentran con respecto a los demás astros, pueden influir sobre ellos, atraerlos igual que éstos atraen su centro común, y sostenerlos así en sus movimientos. Esta idea parecería grande, sabia; parecería entrar naturalmente en las leyes simples de la sana física, pero lo cierto es que solo ampliaría la dificultad.

Aunque las estrellas fijas parezcan conservar la misma posición, estamos tan alejados de ellas que sólo tenemos conjeturas sobre este asunto.

En segundo lugar, aunque fuera verdad que son fijas, como lo parecen, no podríamos negar que en diferentes lugares del cielo hayan aparecido nuevas estrellas, las cuales, más tarde, dejaron de mostrarse. Sólo menciono la que fue observada por varios astrónomos en 1572, en la constelación de Casiopea. Primero llegó a igualar en tamaño a la Clara de la Lira, después a Sirio, y llegó a ser casi tan grande como Venus Perigeo, de modo que se veía a simple vista en pleno mediodía. Pero, habiendo perdido poco a poco su luz, ya no se volvió a ver. Según otras observaciones, se dijo que había tenido apariciones precedentes, que su ciclo podría ser de trescientos y tantos años, y que, siendo así, podría reaparecer a finales del siglo XIX.

Si observamos tales revoluciones, tales cambios entre las estrellas fijas, no podemos dudar de que algunas de ellas tengan algún movimiento. Es cierto también que la variación de una sola de estas estrellas debe influir en la región a la que pertenece y tener suficiente preponderancia como para perturbar la armonía local.

Si se puede alterar la armonía local en una de las regiones de las estrellas fijas, esta alteración podría extenderse a todas sus regiones. Podrían pues dejar de guardar constantemente su posición respectiva y ceder a la fuerza de atracción general, la cual, reuniéndolas, como a todos los demás astros, en un centro común, destruiría sucesivamente el sistema del Universo.

Pero no vemos, en absoluto, que ocurran similares desastres; y si la Naturaleza se altera lo hace de forma lenta, dejando siempre un orden aparente reinar ante nuestros ojos. Por lo tanto, hay una fuerza física invisible superior a las estrellas fijas, como éstas lo son a los planetas, que las sostienen en su espacio como ellas sostienen a todos los Seres sensibles confinados en su seno. Uniendo pues esta prueba a las razones de analogía que ya hemos establecido, repetimos que el Universo solo existe por unas facultades creadoras invisibles a la Naturaleza, como los hechos materiales del hombre solo pueden ser producidos por sus facultades invisibles; así pues, las facultades creadoras del Universo tienen una existencia necesaria e independiente del Universo, como mis facultades invisibles existen necesaria e independientemente de mis obras materiales.

Todo se une aquí para demostrar la superioridad del hombre, ya que encuentra en sus propias facultades razones para elevarse hasta la demostración del Principio activo e invisible, del que el Universo recibe la existencia y sus leyes. Porque en las obras, incluso materiales, que tiene el poder de producir, encuentra la prueba de que su Ser es de una naturaleza imperecedera.

¡Que no se opongan en absoluto a estas reflexiones los actos sensibles y materiales que son comunes al hombre y a la bestia! Hablando de sus obras, no hemos tenido en cuenta esos actos naturales que lo asimilan a los animales, sino esos actos de genialidad e inteligencia que lo distinguirán siempre por sus caracteres impactantes y por sus signos exclusivos.

De esta diferencia del Ser intelectual del hombre con su Ser sensible, habiendo sido demostrada con total evidencia en el escrito del que saqué el epígrafe de esta obra, nos limitaremos a hacer observar aquí que no podemos hacer ejecutar la menor de nuestras voluntades sin convencernos de que llevamos por todas partes con nosotros mismos el *Principio del Ser y de la Vida*. Ahora bien, ¿cómo el Principio del *Ser y de la Vida* podría perecer?

Pero, a pesar de este carácter distintivo, el hombre está en dependencia absoluta en relación a sus ideas físicas y sensibles. No se puede negar que lleve en él todas las facultades análogas a los objetos que puede conocer, ya que ¿qué son todos nuestros descubrimientos, sino la visión íntima y el sentimiento secreto de la relación que existe entre nuestra propia luz y las cosas mismas? Pero no podemos tener la idea de ningún objeto sensible si este objeto no nos comunica sus impresiones. Y tenemos la prueba de ello en aquello de lo que el defecto de nuestros sentidos nos priva, bien al completo, bien en parte, en el conocimiento de los objetos que les son relativos.

Es cierto que a menudo, por comparación, por la sola analogía, las ideas primeras nos conducen a ideas segundas, y por una especie de inducción, el conocimiento de los objetos presentes nos hace formar conjeturas sobre los objetos alejados. Entonces seguimos estando sometidos de nuevo a la misma ley, ya que es siempre el primer objeto conocido lo que sirve de móvil a estos pensamientos. Y sin él, ni la idea segunda ni la idea primera hubiesen sido producidas en nosotros.

Pues es cierto que, en lo que concierne a los objetos sensibles y las ideas que le son análogas, el hombre está en una verdadera servidumbre, principio del que sacaremos nuevas luces sobre su verdadera ley a continuación.

Independientemente de las ideas que el hombre adquiere diariamente de los objetos sensibles por la acción de estos objetos sobre sus sentidos, también tiene ideas de otra clase; tiene la de una ley, de una Potencia que dirige el Universo y esos mismos objetos materiales; tiene la del orden que debe presidir allí; tiende, en fin, como por un movimiento natural, hacia la armonía que parece engendrarlas y conducirlas.

Él no puede crear ninguna idea; sin embargo, tiene la de una fuerza y una sabiduría superior, que es a la vez como el término de todas las leyes, el lazo de toda armonía, el pivote y el centro de donde emanan y donde desembocan todas las *Virtudes* de los Seres. Porque tal es el verdadero resultado de todos los sistemas, de todos los dogmas, de todas las opiniones, incluso las más absurdas, sobre la naturaleza de las cosas y sobre la de su Principio. No hay ninguna doctrina, sin excluir el ateísmo, que no tenga por objeto esta sorprendente *Unidad*, como veremos más adelante.

Si estas últimas ideas forman una clase absolutamente diferente de la que tenemos de las cosas materiales, si ninguno de los objetos sensibles puede producirlas, ya que los animales más perfectos no anuncian nada parecido, aunque todos vivan, así como el hombre, en medio de esos objetos; si, al mismo tiempo, cualquier idea en el hombre solo despierta por medios que están fuera de él, resulta que el hombre es dependiente, tanto por sus ideas intelectuales como por sus ideas sensibles, y en uno y otro orden, aunque tenga en él el germen de todas esas ideas, está obligado a esperar que reacciones exteriores vengan a animarlas y hacerlas nacer. No es ni el maestro ni el autor, y bajo el deseo de ocuparse de cualquier objeto no puede, a pesar de sus esfuerzos, asegurarse de cumplir con su objetivo y no desviarse con miles de ideas extrañas.

Todos estamos expuestos a recibir involuntariamente esas ideas desordenadas, penosas e inoportunas que nos persiguen, a nuestro pesar, por las inquietudes, por las dudas de toda especie que se introducen en nuestros disfrutes intelectuales más satisfactorios.

De todos estos hechos resulta que si las obras materiales del hombre han demostrado en él facultades invisibles e inmateriales, anteriores y necesarias a la producción de esas obras, por la misma razón la obra material universal, o la Naturaleza sensible, nos demuestra facultades creadoras invisibles e inmateriales exteriores a esa Naturaleza, por las que ha sido engendrada; del mismo modo las facultades intelectuales del hombre son una prueba innegable de que existe aún un orden muy superior a ellas y a las que crean todos los hechos materiales de la Naturaleza: o sea que, independientemente de las facultades creadoras universales de la Naturaleza sensible, existen aún fuera del hombre facultades intelectuales y pensantes, análogas a las de su Ser, que producen en él pensamientos; puesto que, al no ser suyos los móviles de su pensamiento, solo puede encontrar esos móviles en la fuente de inteligencia que tenga relaciones con su Ser. De no ser así, al no tener ninguna acción sobre él esos móviles, el germen de su pensamiento permanecería sin reacción y, por consiguiente, sin efecto.

Sin embargo, aunque el hombre sea pasivo tanto en sus ideas intelectuales como en sus ideas sensibles, siempre le queda el privilegio de examinar los pensamientos que se le presentan, juzgarlos, adoptarlos, rechazarlos, actuar después conforme a su elección y esperar, mediante una marcha atenta y continua, alcanzar algún día el gozo inalterable del pensamiento puro, cosas todas que se derivan naturalmente del uso de la libertad.

Pero hay que distinguir bien entre la libertad así dirigida y la voluntad esclava de las inclinaciones, fuerzas o influencias que determinan ordinariamente los actos del hombre. La libertad es un atributo que le es propio y pertenece a su Ser, mientras que las causas de sus determinaciones le son extrañas.

[A la libertad] La consideramos aquí, pues, bajo dos facetas: como Principio y como efecto. Como Principio la libertad es la verdadera fuente de nuestras determinaciones. Es esta facultad que está en nosotros de seguir la ley que nos es impuesta o actuar en contra de esa ley. Es en último término la facultad de permanecer fiel a la luz que se nos presenta sin cesar. Esta *libertad principio* se manifiesta en el hombre incluso cuando se ha hecho esclavo de las *influencias* extrañas a su ley. Aun así le vemos aún, antes de determinarse, comparar entre ellos los diversos impulsos que le dominan, oponer sus hábitos y sus pasiones unas a otras y elegir por fin lo que más le atrae.

Considerada como el efecto, la libertad se dirige únicamente según la ley dada a nuestra naturaleza intelectual. Entonces supone la independencia, la exención total de toda *acción*, *fuerza*

o influencia contraria a esta ley; exención que pocos hombres han conocido. Desde este punto de vista, donde el hombre no admite ningún otro motivo sino su ley, todas sus determinaciones, todos sus actos son el efecto de esta ley que lo guía, y es sólo entonces cuando es verdaderamente libre, no siendo ya desviado por ningún impulso extraño a lo que conviene a su Ser.

En cuanto al Ser principio, a esa fuerza pensante universal superior al hombre, cuya acción no podemos ni superar ni evitar, y cuya existencia está demostrada por el estado pasivo en que nos encontramos en relación a ella respecto a nuestros pensamientos, este Primer Principio tiene también una libertad que difiere esencialmente de las de los demás Seres. Porque, siendo él mismo su propia ley, no puede jamás apartarse de ella y su libertad no está expuesta a ninguna traba o impulso extraño. Así, no tiene esta facultad funesta por la cual el hombre puede actuar contra el objetivo mismo de su existencia. Lo cual demuestra la superioridad infinita de ese Principio universal y Creador de toda ley.

Ese Principio supremo, fuente de todas las Potencias, tanto de las que vivifican el pensamiento del hombre como de las que engendran las obras visibles de la Naturaleza material, ese Ser necesario a todos los demás Seres, germen de todas las acciones, del que emanan continuamente todas las existencias, ese término final hacia el cual tienden, como por un esfuerzo irresistible, porque todas buscan *la Vida*; ese Ser, digo, es al que los hombres llaman generalmente DIOS.

Sean cuales sean las ideas estrechas que la burda ignorancia se ha formado [de Dios] en los diferentes pueblos, todos los hombres que deseen penetrar en ellos mismos y sondear el sentimiento indestructible que tienen de ese Principio, reconocerán que es el BIEN por esencia y todo proviene de Él; que el mal no es sino lo que se le opone; y siendo así, no puede querer el mal, [más bien] al contrario, proporciona sin tregua a sus producciones, por la excelencia de su naturaleza, toda la amplitud de felicidad de las que ellas son susceptibles en relación con sus diferentes clases, aunque los medios que emplea estén todavía ocultos a nuestra mirada.

No intentaré hacer más sensible la naturaleza de este Ser, ni penetrar en el Santuario de sus *Facultades divinas*: haría falta, para conseguirlo, conocer algunos de los números que lo constituyen. Ahora bien, ¿cómo sería posible al hombre someter a la Divinidad a sus cálculos y fijar su NÚMERO principal? Para conocer un número principal es necesario tener al menos una de sus proporciones; y aunque llenáramos un libro, o todo el Universo, de signos numéricos para representar la inmensidad de las Potencias divinas, no tendríamos aún la primera proporción, dado que podríamos siempre seguir añadiendo nuevos números, es decir, encontraríamos siempre en este Ser nuevas *Virtudes*.

Además, hay que decir aquí de Dios lo que hubiéramos podido decir del Ser invisible del hombre. Antes de pensar en descubrir sus relaciones y sus leyes hemos tenido que convencernos de su existencia, porque ser o tener todo en sí, según su clase, no es sino la misma cosa; de modo que haber reconocido la necesidad y la existencia del Principio eterno del infinito es haberle atribuido al mismo tiempo todas las facultades, perfecciones y potencias que debe tener en sí mismo este Ser universal, aunque no se pueda concebir ni el número ni la inmensidad. Estando asegurados estos primeros pasos, tratemos ahora de descubrir nuevas relaciones considerando la Naturaleza física.

LA INICIACIÓN CABALLERESCA

Gérard de Sorval[18]

I. FUNDAMENTOS Y CARACTERÍSTICAS

Del Oficio caballeresco

La caballería, en relación a la nobleza, tiene un estatuto análogo al de las órdenes monásticas en relación al clero. La caballería encarna la interioridad, y si se nos permite decirlo, la perfección de ese estado. Según un contemporáneo, "ser noble es mantener un status; ser caballero, sobrepasarlo"[19].

El orden social tradicional repartía así los papeles: el 1^er^ orden, el clero, se ocupaba de definir las finalidades espirituales de la sociedad, de velar por la conformidad de sus leyes con la ley divina y preservar los depósitos sagrados y el bien de las almas. Simbólicamente esta categoría era asimilada a la cabeza en el cuerpo humano; el 2º orden, la nobleza, investida del poder temporal, se ocupaba de hacer reinar la paz en el exterior y el interior de la ciudad, de administrar y hacer justicia. Asegurando la conservación del cuerpo social, la nobleza era asimilada al corazón y los miembros superiores; el 3^er^ orden, el tercer estado, o sea los artesanos y comerciantes, se ocupaban de las tareas económicas, comerciales y financieras, propias a subvenir – como en el cuerpo humano hace el estómago y el aparato digestivo – la alimentación del cuerpo social y su prosperidad material, a partir de las producciones obtenidas por los labradores, los jornaleros y otros "hombres de cuerpo" asimilados a los miembros inferiores.

La mediación social

En la feudalidad medieval, la actividad guerrera, justiciera y administrativa en su sentido más amplio, cumplía una función mediadora, esencial en la sociedad. Ella se situaba como intermediario entre el pueblo y el soberano: la nobleza antigua, en efecto, representaba, por una parte, a las comunidades lugareñas y territoriales ante el rey, y por otra, era el instrumento de la voluntad real, el ministro ejecutor de sus decisiones y el que las transmitía a la base. El señor justiciero hacía aplicar la ley, las órdenes y edictos del príncipe, siendo a la vez el protector natural de aquellos que tenía a su cargo, la autoridad patriarcal de algún modo. Era pues el punto de articulación entre la cima y la base de la pirámide social, teniendo una actividad de regulación intermediadora y en consecuencia social.

Por otra parte, la casta caballeresca, en tanto que tal, y comprendiendo el rey que es su emanación suprema, tiene una posición igualmente mediadora entre el primer orden, el del clero, y el tercero, el de los comerciantes, y el pueblo. Ella encarna, si se quiere, el interés general de la sociedad que debe dominar los intereses particulares. Es por lo que toda actividad lucrativa le está prohibida. Por encima del bien común general, está el bien universal o Bien Soberano, del que el clero es el

[18] El texto corresponde a la 1ª Parte de su obra "*La vía caballeresca y la iniciación real en la Tradición Cristiana*".
[19] *La chevalerie* por Ph. Du Puy de Clincharnps, París, 1973.

intérprete y ministro. Desde entonces, los defensores del "común provecho del reino" debían estar sometidos, en primer lugar, al respeto de las leyes divinas.

En fin, desde el punto de vista de la Iglesia, el rey sagrado y la caballería tienen un estatuto de intermediación entre el clero y los laicos: la función de autoridad y justicia es en efecto considerada como sagrada por su objeto mismo y aquellos que se comprometen a ella deben recibir por ésta razón una consagración espiritual que, en el caso del rey, comporta elementos sacerdotales.

En la Edad Media, la dignidad espiritual conferida por la orden de caballería estaba considerada como la más elevada antes del sacerdocio. Y ello es muy comprensible puesto que su esencia es la de armonizar la ciudad terrestre con la ciudad celeste, las reglas de la sociedad con la unidad jerárquica del cuerpo místico. Las plegarias del ritual de armadura dan testimonio de ello.

Desde entonces, la fuerza es puesta al servicio del débil, el arma al servicio de la desnudez, el combate al servicio de la paz, la libertad al servicio del orden; y el guerrero, dedicado al sacrificio de su vida para defender al prójimo, debe asumir plenamente su función de servidor de la Justicia y protector del pueblo y de la Iglesia. En cierta manera, la misión propia confiada al caballero medieval puede resumirse así: es el manto del humilde, el brazo del rey soberano y la coraza del sacerdote. Estas consideraciones sobre el papel de articulación mediadora correspondiente por derecho al caballero en la sociedad, tienen un alcance que abarca la orientación de su quehacer espiritual, ya que supone la adquisición de cualidades interiores particulares.

El caballero, siendo ante todo un guardián del orden sagrado, servidor del Rey, principio de unidad del cuerpo social y de la paz, incluso guardián de Tierra Santa, esencialmente dedicado a la defensa del bien común, es un hombre que no es dueño de sí mismo. El desinterés y la generosidad, así como la lealtad, son pues las primeras cualificaciones requeridas para ejercer este oficio que implica la superación de uno mismo.

El estatuto de su oficio hace del caballero, de una parte, un hombre de armas, depositario de la fuerza coercitiva, del derecho sobre la vida y la muerte, de la alta y baja justicia; de otra parte, un hombre libre, encargado de hacer respetar la ley exterior en tanto que él obedece su ley interior que es la del honor. Esta libertad corresponde al despertar de la personalidad espiritual en el individuo, al sacrificio del ego.

La cualidad noble reposa en efecto sobre el sentido de la dignidad espiritual y del respeto de sí mismo que es propiamente el honor; lo que implica maestría sobre uno mismo, sobre sus energías físicas y psíquicas y sobre el destino. El hombre noble no "actúa" por el destino o las fuerzas exteriores de su entorno: ejecutando los designios de la Providencia, crea por sus "hazañas", que son el contrario a los actos mecánicos y condicionados. Servidor libre, sólo obedece a su conciencia, reconociendo por ley principal la fidelidad a la palabra dada. Esto último es de todo punto esencial: la palabra empeñada funda el contrato feudal, y en consecuencia toda la organización social que le sucede. Además, la palabra dada dimana directamente de la Fe en el Verbo, Palabra eterna de Dios, que es el principio creador y normativo del orden del universo y la fuente sagrada de toda autoridad.

Observemos que la caballería es siempre conferida *intuitu personnae*, en función del valor moral, físico y espiritual de una persona, de sus cualificaciones propias. Por lo demás, en su origen y

hasta principios del siglo XIV, no era forzosamente conferida en la nobleza. El pertenecer a la nobleza es simplemente una presunción de dignidad de vida y de aptitud, transmitida por herencia y por la educación, para desempeñar este papel a la vez social y espiritual. La nobleza es pues el normal vivero en el que son escogidos aquellos que aspiran al honor supremo de recibir el orden de caballería, que es siempre una distinción personal, no hereditaria. En este aspecto podemos distinguir tres grados en la caballería, que corresponden a la acentuación de las funciones espirituales en relación al papel social:

- la caballería del siglo;
- la caballería errante;
- la caballería monástica.

1. *La caballería del siglo* está compuesta de gentilhombres cumplidos que han probado su nobleza y su valor guerrero y que son admitidos en la orden. Generalmente tienen feudo y administran sus dominios.

2. *Los caballeros errantes* son, o hijos menores desprovistos de tierras, o caballeros feudales que han escogido consagrarse a una gesta, por amor a Dios, a una dama, o a mayor honor y gloria de la caballería, y recorrer así el mundo siguiendo una vía de peregrinaje solitario. A esta categoría pertenecen ciertos trovadores. Se caracterizaban por estar liberados del contrato feudal, y en consecuencia de las tareas sociales ordinarias, pudiendo así cultivar libremente su vocación al servicio de una regla personal de justicia o votos precisos.

3. *Los caballeros monjes*, que no siendo sedentarios ni errantes, han renunciado a todo, incluida su propia voluntad, para enrolarse en una milicia de combatientes espirituales sometida a una regla de disciplina estricta y profesando los votos de ascesis monástica. Y es ahí donde el ideal heroico del caballero errante encuentra al ideal contemplativo del religioso consagrado. Estas órdenes son nacidas con ocasión de las cruzadas, en los siglos XI y XII, y su razón de ser primera fue la custodia de Tierra Santa, es decir, del centro sagrado de la tradición cristiana, la protección de los peregrinos, de los viajeros, y el cuidado de los enfermos, de acuerdo a una regla de beneficencia activa y universal aplicable tanto a los cristianos como a los no cristianos. Estas órdenes, fuera de aquellas particulares de un país determinado (como Calatrava, Santiago, etc), son los pilares de la Cristiandad y gozan de la soberanía legal de los príncipes.

   Estas son:

- la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, luego de Rodas y luego de Malta;
- la Orden de los Pobres caballeros de Cristo del Templo de Jerusalén, u orden del Temple;
- la Orden de los Hospitalarios de San Lázaro de Jerusalén;
- la Orden de Nuestra Señora de los Teutónicos;
- la Orden de los Caballeros canónigos del Santo Sepulcro.

Estas tres modalidades de pertenencia a la caballería corresponden a grados de interioridad en la vocación espiritual y religiosa. No obstante, ello no induce necesariamente a una graduación en la realización iniciática. En este sentido, podemos encontrar caballeros que han permanecido, si se nos permite la expresión, relativamente "profanos" en estas tres categorías; como se pueden encontrar también "prohombres" en las tres. Entendiendo que, a pesar de todo, tanto la caballería

errante como la orden guerrera monástica, comportan las mayores posibilidades de acceso a la perfección caballeresca.

II. LA FUNCIÓN DE MEDIADOR

La mediación espiritual

En el orden espiritual y aún en el temporal, la función caballeresca es todavía mediadora.

Ella asume la junción entre la *contemplación* y *la acción*, entre la interioridad y la exterioridad, entre lo espiritual y lo temporal, haciendo descender las exigencias del cielo en el orden terrestre y elevando la preocupación de los hombres hacia fines que tienen que ver con la salvación de las almas. Podemos pensar aquí en los monjes caballeros revestidos del doble poder.

De alguna manera también el caballero hace de puente entre los dos aspectos divinos de la *Misericordia* y la *Justicia*: misericordia, por su función hospitalaria y protectora, justicia y rigor, por el empleo de la fuerza y la guerra. Servicio a los hombres y servicio de Dios son por otra parte los dos ejes inseparables de su misión entremezclando las leyes humanas con la ley divina.

Pero vayamos más lejos: el caballero es primeramente un *cavalier* que cabalga y monta las fuerzas de la animalidad y que, en su gesta, se somete a las inspiraciones del *ángel*. El caballero es, allí también, un puente entre los reinos de la creación, imagen del hombre verdadero en el centro del universo.

Por lo demás, no deja de tener interés, señalar que el caballero feudal es un *guardián de la tierra* de la que es su *superior*. El caballero errante, por su parte, la explora, la recorre y se apropia de ella en todas sus dimensiones. Tanto uno como otro, encarnan y transmiten la fidelidad de aquello que no pasa, y en primer lugar, los mandamientos de Dios y la palabra dada. De algún modo, se trata pues de un guardia regulador del espacio y el tiempo.

En este orden de mediación, la caballería medieval, y principalmente las órdenes mediadoras por excelencia que fueron los monjes-caballeros, tuvieron el papel de guardar Tierra Santa, punto de junción entre la Jerusalén de abajo y la Jerusalén celeste, entre la historia humana y la Revelación, y también de hacer de puente entre Oriente y Occidente. Jean Tourniac escribe así[20]: "No hay que excluir la influencia del Islam sobre la caballería. Ésta se presentaba ya entonces como la cristianización de una antigua iniciación guerrera y con supervivencias de órdenes ecuestres latinas. El mundo árabe le imprimió su huella particular en el arte heráldico, especialmente cuando Bernardo de Claravall, a través del Temple, le asignó su fin espiritual. Pero, ¿por qué razones esta influencia "oriental" se limitaría al ámbito de los escudos de armas? Incluso, ¿por qué razón ésta influencia se limitaría a los encuentros con el judaísmo y el Islam? ¿No existían en Tierra Santa, en tiempos de las cruzadas, otros representantes del cristianismo, descendientes de comunidades eremíticas o cenobíticas del judeocristianismo original de las Iglesias orientales?..."

Sabemos que se llevaron a cabo buen número de intercambios a cubierto de las cruzadas, y que al margen de los períodos de batalla, los contactos entre la caballería franca y los príncipes

[20] En *Principes et problèmes du Rite Écossais Rectifié*, París, Dervy, 1986, pág. 141.

sarracenos fueron a menudo de cortesía, estima mutua, e incluso de estrecha amistad. Pensemos en particular en Saladino, tal como habla de él Hugo de Tiberíades en la *Ordène de chevalerie*, o en el emperador Federico II de Hohenstaufen.

La caballería era considerada en ocasiones como una comunidad de hombres de pro, pertenecientes a todas las naciones, reunida por un mismo ideal espiritual de nobleza, a través de las diferentes formas de tradición, religiosas o linguísticas. H. Corbin ha puesto de relieve, en sus estudios sobre la caballería persa y los *"Amigos de Dios"*, todo lo que podía unir, en sus concepciones simbólicas, a los prohombres de Oriente y Occidente, a través de una común experiencia interior al servicio de Dios. Podríamos decir por otra parte que la lengua común de todas las caballerías o de las órdenes guerreras es la heráldica, en tanto que despliegue simbólico de los poderes del alma y sus hazañas; heráldica que nace en Tierra Santa y cuyos términos conservan las raíces persas.

A través de ésta poética espiritual, figurativa de la superación de uno mismo en busca de lo absoluto, podemos comprender que las narraciones de la Mesa Redonda, dicen que esa Mesa, cuya forma simboliza el universo, reunía tanto caballeros paganos como cristianos. Hay aquí, la indicación de una consciencia de unidad trascendente de las diversas tradiciones en la memoria real del Adán primordial, del hombre perfecto, centro del universo y puente entre la creación y el Creador. Un cierto cosmopolitismo aristocrático conserva su reflejo.

Al respecto, podemos decir también que en la trilogía medieval fundamentada en los tres órdenes de la sociedad, *rezar, combatir, obrar*, el primero se relacionaba con el Padre eterno, el segundo con el Verbo divino, agente de la creación y Juez supremo, y el tercero con el Espíritu, obrero de las vivificaciones, transformaciones y renovaciones.

El *Trisaghion* de la liturgia oriental aclama por otra parte la Santísima Trinidad de manera triple: Dios Uno, Dios Fuerte, Dios Inmortal. El Dios Fuerte es el aspecto divino correspondiente en particular con la vía heroica.

El caballero, imagen de Cristo, Supremo Mediador

Es con el Verbo Todopoderoso, Palabra de Luz que ordena el caos, Primera y Última de toda creación, que primeramente se relaciona la función real y caballeresca.

Semblante majestuoso del Padre eterno, afirmación de lo Absoluto, Polo divino y Centro del Universo, el Verbo eterno proclama y encarna la realeza divina. Él es, si se nos permite, la voluntad actuante del Principio, el Agente Universal de la Creación, el que hace resplandecer la Luz y saca toda forma de la nada. Según éste aspecto, Dios es designado como Señor del Universo, Rey de Reyes, Cosmocrator.

Pero el Verbo Creador es también el Redentor eterno, es decir, aquél que restablece el mundo corrompido en la perfección original y reintegra la humanidad en Dios. Como tal, cumple el sacrificio perfecto, el del Jefe, cabeza de la humanidad, del hombre universal, que es al mismo tiempo Dios. Sólo el sacrificio del Hijo del Hombre por excelencia, del Nuevo Adán, satisfaría a la Justicia divina. Pero señalaremos también que está íntimamente ligado a la realeza de Cristo. El Mesías es el *Ungido* del Altísimo. Y antes de subir al Calvario, declara públicamente a Pilatos: "Tú lo has dicho. Yo soy Rey". Y es con vestimenta de rey, con la púrpura, la caña y la corona de

espinas, que sufrió su suplicio. Al igual que el rótulo de la cruz llevará el título de Jesús de Nazareth, Rey de los Judíos.

Ahora bien, de hecho, Jesús, por su línea humana es de la tribu real de Judá, el descendiente de Salomón, el heredero del trono de David. Y lo és también según la filiación divina. Es porque es Rey de la Creación al igual que rey del pueblo elegido que su sacrificio tiene un alcance universal de salvación y redención de todos sus “súbditos”.

Finalmente el agente último del sacrificio, el que traspasa el Corazón a fin de que fluya el Agua y la Sangre de la vida nueva es un soldado, Longino. Es considerado como el primer caballero cristiano, ya que su lanza abre la fuente regeneradora de la Misericordia divina y provoca la efusión de la Gracia sobre el hombre y el universo. La lanza, el corazón y la copa que recoge la Sangre son aquí los Signos de la realeza suprema, la del Amor vencedor de la Muerte.

También el Cristo cumple la Redención del universo manifestando su realeza principal, la de *Pontifex*, de Mediador entre el hombre y Dios. Este misterio de la vocación sacrificadora del jefe es el fundamento sagrado de la realeza, y por ello, de la caballería.

Pero pensemos también en el otro rostro complementario del Hijo de Dios, el de Juez del fin de los Tiempos. Es el Jinete Blanco del Apocalipsis que rompe las naciones con una vara de acero, aquel de cuya boca sale una espada cortante y que dice: “He venido a traer el Fuego sobre la Tierra”, y “No he venido a traer la paz sino la espada” (Mt 10, 34). Aquel que viene a cerrar el ciclo tiene derecho de vida y muerte sobre todo ser, ya que él ha dado el ser a todo lo que existe y ha salvado por su sangre a todos aquellos que se le han entregado. Tiene derecho a juzgar, pues no habla de sí mismo, sino que cumple la voluntad del Padre, tanto en la Misericordia como en la Cólera.

Y esto es también un privilegio real y caballeresco. La espada es también considerada simbólicamente como la fuerza victoriosa de la Luz, el despliegue del eje interior del ser expulsando las tinieblas, y en definitiva, el arma del conocimiento que destruye las ilusiones de la nada.

Podemos ver así que los *tres semblantes* del Verbo, Dios Creador y Señor, Dios Salvador y Mediador, Dios Terrible y Juez, manifestando la soberanía divina, presiden la función real y caballeresca y constituyen su fundamento místico.

El signo de la cruz

Además, el signo de la cruz aparece como un atributo específico de la caballería. Ciertamente, el sacrificio de Cristo es en primer lugar el del Sacerdote eterno que se inmola a sí mismo. Pero su soporte, la cruz, timbrada con el rótulo real, es asimilado simbólicamente a un trono elevado y sus brazos abrazan todo el Universo a fin de atraerlo. Se trata pues de un símbolo real.

Por otra parte, en el Paraíso de Dante, el Cielo de Marte, poblado por los héroes guerreros, está marcado con una cruz resplandeciente y resonando la divisa: “Resucita y sé vencedor”.

De hecho, resulta relevante constatar que todas las órdenes de caballería de la Edad Media tienen como emblema específico una cruz (que perdura hasta nuestros días bajo la forma disminuida de las cruces de las decoraciones profanas).

Es curioso observar que, por lo que respecta a funciones y dignidades atribuidas por la Iglesia, los miembros del sacerdocio y las órdenes religiosas no llevan la cruz, salvo durante la liturgia en tanto que oficiantes y salvo ciertos dignatarios, obispos o abades que llevan una cruz pectoral; mientras que todas la órdenes de caballería constituidas en cofradía religiosa la llevan cosida sobre el hábito y que sus miembros la reciben solemnemente como atributo y símbolo esencial de su misión. Así, las órdenes de San Juan de Jerusalén, el Temple, los Teutónicos, los Porta Espada, San Lázaro, Santiago, San Antonio, Calatrava, Montesa, el Santo Sepulcro, llevan todas una cruz de forma diferente que distingue cada orden. El modelo general es el de la cruz griega, paté o de ocho puntas.

Es decir, que ella transfigura el patíbulo del calvario en signo cuaternario de despliegue del Poder divino, en cruz cósmica y en emblema heráldico de salvación universal, de la Resurrección y la Glorificación.

Encontramos reunidos y concentrados en ella los valores simbólicos siguientes:

- el sacrificio y la sangre vertida, función militar;
- la mediación entre el Cielo y la Tierra por la reunión del eje vertical y del plano horizontal;
- la resolución de oposiciones en el centro de la Paz;
- la reintegración del Universo en el Árbol de la Vida restituido en el lugar del cráneo;
- la manifestación del Todopoderoso divino o Dios Tetragrama, recordado por las 4 letras INRI y el trono de los 4 vivientes en el que se sienta el Pantocrator.

A destacar que el signo de la cruz tiene por sí mismo la virtud de ser el soporte de la enunciación del Nombre de Dios. Es por lo que tiene capacidad para ahuyentar los demonios, incluso de dar la victoria ante los enemigos como lo ilustra la divisa de Constantino, *In Hoc Signo Vinces*. La invocación de los caballeros del Santo Sepulcro dice por otra parte: “Por el signo de la cruz, líbranos Señor de nuestros enemigos...”.

Así, llevar la cruz es un soporte de ejercicio al sacrificio, un recuerdo de orientación de la acción, al mismo tiempo que se trata del arma suprema que dispersa las influencias tenebrosas y el escudo del Nombre de Dios Todopoderoso.

Es por otra parte una constante en el universo caballeresco el considerar que la forma de la espada, con su guarda, representa la cruz en tanto que ella es un arma, y recuerda la necesidad de velar contra los asaltos del Mal, en la Plegaria y la Imitación del Vencedor de los Infiernos. San Bernardo, en su “*Alabanza de la Nueva Milicia*”, dice también que la espada combate “contra la carne y la sangre y contra los espíritus del aire”.

Es preciso añadir todavía a estas consideraciones el hecho de que la cruz paté o bien la cruz de Malta de ocho puntas evoca los significados simbólicos del 8º día, en el que la Creación es restaurada en la Justicia de la *pureza inicial edénica*. Es ese estado el que expresan las 8 Beatitudes. Esta cruz octógona puesta sobre el corazón implica guardar la Tierra Santa y defender el Paraíso.

Estas realidades deben comprenderse a la vez desde el punto de vista interior, en el sentido en que se dice “Mi Reino no es de este mundo” y “El Reino de los Cielos está dentro de vosotros”, y en el sentido exterior del oficio de guerrero y príncipe.

Terminaremos poniendo de manifiesto las afinidades que reúnen la vía caballeresca directamente a Cristo, señalando que su cumplimiento místico reposa enteramente sobre el misterio de la Sangre Real y el Corazón Real, del Santo Grial. Es, en efecto, a los caballeros que les son confiados la lanza que sangra y la copa que nutre e ilumina, en tanto que ellos son figuras del Salvador y del Verbo, Señor del Universo.

Pero antes de llegar a este grado de perfección en la identificación del hombre con Dios, el recorrido del hombre de armas y su propia misión suponen un largo aprendizaje. Este aprendizaje comporta un método particular con vistas a desarrollar las facultades correspondientes y a proporcionar las armas del combate espiritual.

III. LAS CUALIFICACIONES REQUERIDAS PARA LLEGAR A SER CABALLERO

Los tres principios

Desde la más tierna infancia, la función de caballero necesita del entrenamiento para desarrollar y ejercer tres facultades del espíritu, el alma y el cuerpo: la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza.

Todos los grandes textos de la caballería medieval insisten sobre la adquisición indispensable de estas tres facultades si uno quiere llegar a ser un caballero cumplido.

La Gesta del Santo Grial indica por otra parte explícitamente los modelos de estas tres cualidades: “Salomón, el más sabio de los hombres, Sansón, el más fuerte y Absalón, hijo de David, el más bello de la tierra”. Se trata de un leitmotiv de toda la gesta artúrica.

- La Sabiduría está asociada a la probidad, al hombre bueno, es decir a la *consciencia* iluminada por la ciencia y la prudencia, a la percepción aguzada de los seres y la naturaleza. Ella depende de la pureza de corazón y de la rectitud interior al igual que de la capacidad de observación y atención.
- La Fuerza está asociada a la generosidad y la cortesía, a la esplendidez, es decir, a esta forma de *obertura* y sutilidad de alma que permite ser sensible a la harmonía, y responder a las necesidades del prójimo en el desinterés.
- La Belleza está asociada a la Imitación de Cristo Rey y la contemplación de Dios Padre, creador de todas las cosas; en una palabra, la señal, la vía, el modelo a ofrecer para un mundo a iluminar con los fuegos del Espíritu del Altísimo.

En cierto modo, el ejercicio de estas tres facultades permite realizar respectivamente las tres virtudes teologales de la Fe, la Esperanza y la Caridad. Al igual que estas tres virtudes son consideradas como inseparables las unas de las otras, el caballero cumplido es aquel que sabe temperar la Fuerza por la Sabiduría y la Belleza, la atracción de la Belleza por la Sabiduría y el Coraje, y encarnar la Sabiduría en la Fuerza y la Belleza de sus acciones. La verdadera proeza depende pues de las tres.

Ciertos autores han señalado que Sabiduría, Fuerza y Belleza corresponden respectivamente al espíritu, al alma y al cuerpo; al entendimiento, a la voluntad y la memoria; y también a la tripartición social de los clérigos, los guerreros y los artesanos.

Concretamente, la adquisición de estas disposiciones resulta de un aprendizaje muy estricto, impuesto desde la infancia, que consiste:

- en *disciplinar y someter la propia voluntad* al servicio de un señor como paje, lacayo y escudero, lo que permite obtener la capacidad de juicio justo, iluminado, imparcial y la maestría de sí a partir del sentido de la *observación*;
- en *desarrollar las energías físicas* de destreza, resistencia, coraje y concentración por medio de todos los ejercicios marciales y juegos nobles como la caza y el ajedrez;
- en educar los gestos del cuerpo y abrir la *sensibilidad a la harmonía sutil* del mundo en que el caballero está encargado de hacer respetar el orden, por la danza, el servicio a las damas, la poesía y la música, en especial en las competiciones psicológicas de las cortes de amor.

Pero este aprendizaje y esta disciplina no tienen sentido si no es orientadas por la persecución de la realización de las virtudes espirituales, de las armas de la Luz, ya que solo ellas lo hacen invencible y perfectamente libre.

<u>El armazón espiritual</u>

Así, San Bernardo[21], recordando a San Pablo, dice que “el caballero de Cristo debe estar armado de la *paciencia* por escudo (Ef 6:16), que lleva y le protege contra todo adversario, de la *humildad* por coraza (Ef 6:14) que preserva las íntimas profundidades, de la *caridad* por lanza, con la cual, como dice el apóstol, induce a todos en la provocación de la caridad (Heb 10:24) y haciéndose de todo para todos (I Cor 9, 22) combate el combate del Señor. Necesita también el yelmo de la Salvación (Ef 6:17) que es la *Esperanza* protegiendo la cabeza, es decir, el elemento capital del espíritu. Que tiene igualmente la espada de la Palabra de Dios (Ef 6:17) y el caballo de batalla del buen deseo”.

Todas estas virtudes morales y teologales tienen por efecto orientar y fortificar las energías espirituales en la gracia activa del Espíritu Santo, asimilada en ocasiones a la fuente bienhechora del Santo Grial.

Las energías espirituales, no podrían existir sin una Fe viva y un ejercicio cotidiano de la plegaria en todos los actos de la vida. Es a costa de este precio que el caballero puede combatir al viejo hombre y sus instintos rapaces, a fin de restituir en el trono de su corazón al Hombre Nuevo, en la plenitud de su ser, y hacerse así Maestro y Rey de sí mismo. Ya que la fuerza verdadera proviene siempre de la *rectitud de la energía del corazón vivificada por la gracia divina*.

Por otra parte, poniendo en correspondencia las diferentes armas del caballero con las virtudes, San Pablo, al igual que San Bernardo, recuerda que hay un uso espiritual de los ejercicios marciales y del oficio de la guerra, transmutado en Guerra Santa contra la tiranía del ego; guerra de liberación interior que es el preludio y la condición indispensable de toda otra liberación. Cuando los cautivos, es decir, las facultades del ser espiritual, han sido liberados de la prisión del “yo”, pueden entonces restablecer el reino de Dios y formar la ciudad de la Paz.

Y esta ciudad no es otra que el estado en que el cuerpo, por la nobleza de la sangre real, es purificado, transfigurado y glorificado. Ya que, como dice San Pablo, si nacemos cuerpo

[21] St Bernard de Clairvaux: *Les Combats de Dieu*, París, Stock, 1981, pág. 32.

corruptible, la obra espiritual acabada consiste en renacer como cuerpo incorruptible para la vida eterna.

Este estado se caracteriza por 4 cualidades, realización de la perfección de la cruz del Hombre Rey.

Las cuatro cualidades cardinales del hombre noble

Para Ruysbroeck, en su tratado titulado *"El Reino de los Amantes"*, el cuerpo glorioso tiene cuatro caracteres o dones:

- la claridad y la transparencia que corresponden al agua;
- la impasibilidad que corresponde a la tierra (invulnerabilidad);
- la sutilidad que corresponde al fuego (atravesarlo todo, vencer la materia);
- la agilidad que corresponde al aire (vencer al espacio y el tiempo).

De alguna manera, el armamento del caballero evoca estas cuatro cualidades que hay que conquistar:

- la espada y el escudo manifiestan la claridad;
- la coraza y el yelmo, la impasibilidad;
- la lanza, la sutilidad;
- el caballo y las espuelas, la agilidad.

Estos caracteres del estado glorioso tienen así mismo como reflejo la realización de los cuatro signos distintivos del hombre noble cumplido, a saber:

- el honor;
- la fidelidad;
- la proeza;
- la cortesía.

que expresan también las 4 virtudes cardinales:

- justicia;
- prudencia;
- fuerza;
- templanza.

y los cuatro votos:

- pobreza;
- obediencia;
- defender la Fe y al débil;
- castidad.

Estas son las 4 ruedas del carro del triunfo del guerrero que ha realizado la plenitud de su estado. Ya que, como dice Dante[22], "por el vocablo "nobleza" entendemos perfección en cada cosa de su propia naturaleza..." También Salomón dice en el Eclesiastés: "Bienaventurada la tierra en la que el rey es noble", que no quiere decir otra cosa que "cuyo rey es perfecto, según la perfección del alma y del cuerpo".

- El honor consiste primeramente en reconocer la dignidad de su alma, en obedecer las exigencias elevadas de su naturaleza y tener una conciencia pura. Lo inverso es la bajeza y la villanía. El caballero cultiva, por encima de todo, esta tensión, esta disposición a ver, primeramente en sí mismo y luego en el otro, la imagen de Dios, a respetarla y a ilustrarla. Y antes de ser un comportamiento, el honor es en primer lugar una sensación interior, un despertar a su propia conciencia espiritual, la preocupación constante de guardar y cumplir esta parte real, luminosa e inmortal que hay en él. El honor no es otra cosa que el guarda del corazón.

- La fidelidad consiste en mantener la orientación del corazón en toda circunstancia; ella implica sinceridad, lealtad y constancia. Su contrario es la felonía, la traición, la mentira. La fidelidad se dirige en primer lugar a sí mismo, a ésta parte honorable del corazón que acabamos de citar. Luego, la fidelidad se dirige al soberano, a la Dama y al Rey del Cielo que ordena y gobierna el mundo. Ella se expresa por el respeto absoluto de la palabra dada, que es un compromiso que obliga, puesto que reposa sobre la consciencia de la fuerza creadora soberana del Verbo divino que ha dicho: "El Cielo y la Tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán".

- La proeza es la búsqueda constante de lo absoluto y el deseo de la gloria, a través de la superación de uno mismo. Lo contrario es la cobardía y la pereza. Se trata de salir vencedor de los combates, aventuras y pruebas. Esta búsqueda de la gloria consiste ante todo en combatir por la gloria de Dios, para manifestar su radiación solar, en la explosión de su luz, de su poder y su belleza. La gloria debe entenderse como el esplendor divino que transluce en toda la Creación, el resplandor de lo absoluto en el seno mismo de la contingencia. Ser un hombre de pro, es lograr revelarla y magnificarla por una acción de brillantez, y a lo largo de toda su vida, por una conducta heroica que sobrepasa los límites de la humanidad ordinaria, cegada y debilitada por la caída. Esta gloria es objeto de respeto y admiración e inspira el deseo de perfección. El caballero la percibe a través de la contemplación de la belleza visible que emana, en la harmonía musical de la naturaleza de la que tiene que preservar el orden. Y el reflejo de ésta belleza epifánica, está en primer lugar en la mujer que el caballero encuentra (y aprende a descubrirla) como el espejo del esplendor invisible, plena de amor. Éste amor, es tan poderoso que la fuerza guerrera abdica ante él.

- La cortesía. Esta cuarta cualidad cardinal que acaba la perfección consiste en un comportamiento compuesto de atención, delicadeza y generosidad. Ella implica la disponibilidad total del corazón[23], cuyas dos caras son la hospitalidad o *receptividad* y la generosidad o *don desinteresado*. Su contrario es la grosería, la brutalidad y la avaricia. Son las Damas quienes arbitran la cortesía y precisan sus leyes sutiles. Ya que para la ética caballeresca, la debilidad de la mujer esconde una fuerza celeste y una sabiduría más elevada que la de los hombres.

[22] Dante: *Le Banquet*, (IV, 16), París, Gallimard, 1965, Trad. André Pérard.
[23] *L'Ordène de chevalerie* indica que la cortesía significa "hacerse querer por toda gente" (hacerse amable a todos).

Aquellas que llevan la vida y encarnan la belleza, testimonian aquí abajo la gloria de Dios viviente. Es pues a esta figura terrestre de la perfección que se dirige el homenaje de los caballeros. De ella es de quien recibe las armas y a ella es a quien dedica sus bellas acciones. Ella es en definitiva quien estimula el deseo, despierta el amor, y da el coraje que son las motivaciones para perfeccionarse, transformarse y alcanzar la nobleza de corazón. La Dama es así el absoluto sensible al corazón, la escala de seda tendida hacia los estados superiores, la estrella que atrae el deseo espiritual.

La unión con la Dama realiza la unidad interior del ser. Como la fusión de las polaridades complementarias de Martes y Venus de la que resulta la paz, que es el fin de la guerra y el orden justo restablecido.

Podríamos figurar ese estado por un jardín puesto que la etimología de cortesía es *cohors* que significa un "jardín cercado" al igual que un "batallón de soldados".

Es así que estas cuatro cualidades traducen, para el estado caballeresco, una *conciencia central de naturaleza edénica*.

IV. EN QUÉ CONSISTE LA INICIACIÓN CABALLERESCA

En regla general, la caballería no podía ser conferida sino al término de un largo período de preparación y prueba, a menos que una acción heroica cumplida por el interesado atestiguara su valor y lo dispensara *ipso facto* de tener que probarlo. Ya que la proeza muestra el corazón del hombre de pro.

La preparación para entrar a la caballería

En la Edad Media, la recepción a la orden de caballería es la tercera y última etapa de una formación larga y difícil que empieza cuando el joven noble de siete años es retirado del cuidado de las mujeres y confiado como *paje* a un caballero, vecino, pariente, o soberano de su padre. Ahí, durante siete años, se llevará cabo su educación moral e intelectual, que debe desarrollar ante todo:

- el amor a Dios, a través especialmente de la historia santa y la vida de los héroes bíblicos;
- el amor a las damas y el respeto que les debe todo gentilhombre. Desde esa edad, el joven paje escogerá una dama noble a la que hará partícipe de lo mejor de sí mismo, y que lo formará en la regla esencial de la cortesía, que es el "bien decir y el bien hacer";
- la veneración por la orden de caballería, la dignidad más elevada que se pueda conferir sobre la tierra y en el mundo, cuyo aprendizaje se transmite a través del servicio cotidiano del señor y la dama.

Al final de estos siete años, el joven noble, paje, y luego doncel, "sale de paje". Tiene catorce años (2 x 7) y se convierte en *escudero*. Este tránsito se hace de manera solemne: el nuevo escudero es consagrado por la Iglesia a su vocación de caballero. Ella le entrega las armas, bendiciéndolas, que en lo sucesivo tendrá derecho a llevar, si bien, todavía no tendrá derecho a hacer otro uso de ellas que la defensa y la asistencia de su señor en peligro. El tiempo de escudero es un período de noviciado y prueba para el acceso a la caballería, donde le serán entregados los "útiles de oficio" al aspirante, a fin de que aprenda el uso de los mismos bajo dirección del Maestro (maestro de armas, equitación, etc). El escudero está encargado del mantenimiento de las

armas de su maestro, así como de los arneses y los caballos. Él es quien viste, arma y asiste al caballero en la guerra, los torneos o la caza. Además, accede al servicio interior de su casa y puede asistir a las reuniones privadas de los caballeros. En fin, es el encargado de hacer los honores, o sea, asegurar el protocolo y la etiqueta: aprendizaje del respeto debido a cada uno, y los grados de dignidad y rango simbólicos en el orden jerárquico tradicional.

A ese último título, el escudero, para perfeccionar su formación en los usos caballerescos, puede llegar a ser *persevante de armas*; lo que significa que viaja (a semejanza del Compañero de la Vuelta a Francia) de castillo en castillo para perfeccionarse en el conocimiento de la técnica de armas, en la práctica de la elegancia y la cortesía, y en la ciencia de las tradiciones caballerescas, en particular las heráldicas. Esta función exige del escudero una reputación sin tacha de honor y de virtud, de bien decir y bien hacer, única llave que le abrirá todas las puertas y hará que sea bien recibido en todo lugar.

Finalmente, si este tiempo de prueba resulta satisfactorio y el escudero se distingue por su valor, es armado caballero; normalmente hacia la edad de veintiún años (3 x 7).

La armadura de un caballero

En su principio más antiguo, el rito de armamento caballeresco consistía esencialmente en *ceñir la espada* al nuevo guerrero a la edad de llevar armas. Esta entrega de armas efectuada por el jefe del clan o la línea, el señor feudal, o algún otro "probo", es decir, por un hombre dotado de la plenitud de la función guerrera y justiciera e investido de autoridad moral y personal incontestable. Éste último debía ser él mismo caballero y apto para transmitir la consagración caballeresca. Esta consagración comportaba tres elementos muy simples, únicos y rigurosamente indispensables: por una parte, el compromiso solemne del impetrante de observar y respetar las leyes espirituales y morales del orden de caballería en toda su conducta, tanto privada como pública, por otra parte, la armadura o recepción propiamente dicha, constituida por un golpe en la nuca u hombro con la mano o con la hoja de la espada, denominada la *acolada* (es decir, etimológicamente un golpe en el cuello), acompañada de la *fórmula consagratoria* invocando la gracia de los poderes celestes (la Santísima Trinidad, el Cristo, la Virgen María, San Miguel, San Jorge, o algún otro santo particular) y confiriendo, en nombre de Dios, el estado de caballero.

Seguía entonces la entrega de la espada y las espuelas, la investidura con vestimentas y piezas de la armadura propias de este estado, así como la colación del escudo de armas (blasón) y la lanza...

Sin embargo, una versión más larga de este mismo rito se convirtió en clásica, la cual vamos ahora a detallar.

Mientras que inicialmente el clero no intervenía directamente en esta recepción, progresivamente el uso de celebrar una misa antes de la armadura fue paulatinamente instalándose con el fin de solemnizar el compromiso del futuro caballero al servicio de la Iglesia. Sólo más tarde vino a instaurarse ocasionalmente la bendición sacerdotal de las armas del nuevo *armiger*, sobreañadida al armamento mismo, e incluso una entrega de la espada por el obispo o un abad mitrado[24].

[24] A parte de la transmisión directa por parte de un caballero que la haya recibido, la plenitud del estado de *Miles Christi* (caballero que tiene el poder de transmitir personalmente la caballería) sólo puede ser conferida – como para el sacramento de confirmación del que deriva el sacramental de la caballería – por el detentor de la plenitud del poder sacerdotal. Así pues, el

En su versión clásica, la recepción de un caballero comprende tres aspectos: la preparación, la armadura y el armamento. Observemos que la palabra armar significa a la vez *adoptar* y *reparar*, lo que implica la noción de una elección en una familia espiritual que tiene una virtud de reintegración.

1. La preparación comprende:

   - un ayuno riguroso, normalmente de siete días;
   - una vela de armas, en la soledad y la oscuridad de una capilla aislada, normalmente durante las tres noches precedentes a la ceremonia, estando la espada situada sobre el altar, así como una confesión general;
   - un baño purificador al despuntar el día;
   - el despojarse de las vestimentas y la entrega de una túnica blanca, de una ropa roja y un ceñidor blanco.

2. La ceremonia comprende:

   - una misa oída de *rodillas*, con la espada suspendida *al cuello*, en el curso de la cual el candidato comulga el *Corpus Domini*, y en la que sus armas son bendecidas;
   - el vestido y la entrega de armas de todo guerrero a caballo: espuelas, la cota de malla (o yelmo), coraza (o talabarte), guanteletes y espada;
   - la acolada, que consiste en golpear al candidato en el *cuello* (en la nuca) con la hoja de la espada, pronunciando una fórmula consagratoria de invocación creando al caballero, y dándole la *acolada* a continuación;
   - la entrega de armas específica del caballero, a saber la lanza y el escudo de armas, llevando los colores heráldicos, es decir, el nombre simbólico del nuevo caballero, así como del caballo de batalla. Así se acaba el armamento propiamente dicho.

Esta ceremonia ritual presenta un doble valor:

- un valor religioso, en tanto que se trata de la administración de un sacramental concebido como una ampliación del sacramento de la confirmación, unción del Espíritu Santo dada por la entrada en la Iglesia militante, y consistente en el compromiso en una regla de vida que comporta la práctica de ciertas virtudes específicas. *El estado caballeresco es el más elevado antes del sacerdocio*. *L'Ordène de Chevalerie* subraya que "hay una gran semejanza entre el oficio de caballero y el de sacerdote". *Le Pontificat* de Guillaume Durand es en este aspecto totalmente explícito. Para la bendición de la espada la plegaria está redactada así: "Padre Todopoderoso, Dios eterno... Que para reprimir la malicia de los perversos y proteger la justicia, ¡oh Señor!, que por una disposición saludable habéis permitido el uso de la espada a los hombres sobre la tierra y querido la institución de la orden militar para la protección del pueblo... (sigue una evocación de Juan Bautista, David y Judas Macabeo)... a vuestro servidor, que he aquí que viene a inclinar la cabeza bajo el yugo de la milicia, concédele la fuerza y la audacia para la defensa de la Fe y la Justicia, concédele un aumento de la Fe, la Esperanza y la Caridad; dale a la vez vuestro temor y vuestro amor, humildad, perseverancia, obediencia, paciencia, disponed en él toda cosa para que no hiera a nadie injustamente, ni con esta espada

---

poder sacerdotal puede crear una orden de caballería, como es el caso de la orden de los caballeros-monjes de Calatrava, fundada en 1158, e instituida por el abad cisterciense de Fitero.

ni con ninguna otra, sino que se sirva de ella para defender todo lo que es justo y equitativo". Entregando la espada al candidato, el sacerdote añade: "Recibid esta espada en Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y servíos de ella para vuestra defensa y la de la Santa Iglesia de Dios..."

El orden de caballería confiere un estado específico, intermedio entre el de sacerdote y el de laico o simple fiel. El caballero de Cristo, cargado por los *votos* espirituales que ha pronunciado de defender la Fe y la Iglesia con su sangre, es un religioso en el mundo. Se beneficia a ese título de un aspecto del poder sacerdotal y de privilegios particulares, como son: los de ser admitido al Coro, comulgar bajo las dos especies, darse la comunión a sí mismo in artículo mortis, en ausencia del sacerdote (sobre el campo de batalla especialmente) mediante tres briznas de hierba o tres hojas unidas en signo de la Santísima Trinidad... Otros usos antiguos eran el poder tener la espada en alto durante la misa en el momento de la lectura del Evangelio, para testimoniar que defenderá la Palabra de Dios, o el mantenerse en pie cuando la lectura de las epístolas de San Pablo, el apóstol de las Naciones, cuyo atributo es la espada y que se considera como un caballero, muestran claramente que la función caballeresca era reconocida como partícipe del gobierno (exterior) de la Iglesia y del pueblo cristiano, y como la dignidad más sagrada después de la de sacerdote. De suerte que en la Iglesia occidental medieval existían ritos caballerescos específicos, paralelos a los del sacerdocio, y reconocidos como autónomos por el Clero. Es así, que en ausencia de todo representante del Clero, un caballero debidamente investido del estado de *Miles Christi* podía conferir la bendición y la consagración caballerescas a quien le pareciera, en todo momento, en todo lugar, según las formas prescritas, en virtud de una autoridad espiritual personal transmitida de hombre libre a hombre libre.

- Un valor simbólico de transformación personal y de acceso a una vía de perfeccionamiento iniciático reservada a una élite escogida en razón de cualificaciones precisas. El mismo Pontifical dice así: tú que *sobrepasas en belleza* a los hijos de los hombres, cíñete con tu espada el muslo, *valiente guerrero*". Por otra parte, la orden de caballería tiene un alcance simbólico que sobresale el marco estricto de una religión particular. Es así que *l'Ordène de Chevalerie*, célebre poema de Hugo de Tiberíades, se considera que explica a Saladino – o sea a un infiel – los significados de la armadura. Así, el baño borra "toda mancha", el lecho de reposo sobre el que el candidato se tiende antes de ser "despertado" y llamado a su nuevo estado "es el emblema de aquel otro que obtendréis en el Paraíso, ese lecho de reposo que Dios otorga a sus amigos los bravos caballeros"; la túnica de lino blanco evoca la pureza de la carne, la ropa roja, el hecho de verter su sangre para servir y honorar a Dios; las calzas morenas recuerdan "la muerte y la tierra en la que reposaréis, de donde habéis salido y donde iréis" y que "es en todo caso a la humildad que un caballero debe tender"; las espuelas de oro simbolizan el ardor y la docilidad del caballo y la obediencia al jinete, y al hecho que, del mismo modo, es preciso obedecer así al Señor, etc.

Mencionaremos particularmente el sentido simbólico de la *acolada*. Jean Tourniac[25] observa: "la acolada ha sido considerada como un "cambio de cabeza". La cristianización de la caballería aportará a ésta nueva cabeza el "Nombre nuevo" del que se habla en el Apocalipsis, el del combatiente por Cristo, Cabeza única de todo el cuerpo místico. Esto se relaciona con el papel de Juan Bautista en las órdenes caballerescas cristianas, del que se festeja, al igual que

[25] *Principes et problèmes spirituels du Rite Écossais Rectifié et de sa chevalerie templière* par Jean Tourniac, París, 1969.

para la Virgen, el nacimiento sobre la tierra el 24 de junio, y el nacimiento celeste el 29 de agosto, aniversario de su "decolación" o decapitación. Curiosamente la elevación a la maestría en el rito rectificado comprende un golpe violento sobre la nuca. La acolada, en efecto, opera un *despertar* iniciático a partir de un centro de energía sutil muy importante que es "puesto en orden" por el aprendiz. Podemos encontrar entre la acolada y el cachete dado por el obispo en el momento de la confirmación un valor análogo: "despierta del sueño de la malicia y vela en la Fe de Cristo..." Se trata en los dos casos de despertar a un estado superior de conciencia, iluminado por el Espíritu Santo, permitiendo poner sus fuerzas físicas y morales al servicio de la "Orden" o de la Iglesia.

Por otra parte, este nudo sutil del ser humano reviste una importancia particular en el estado real y caballeresco. Al igual que el cuello es un puente entre la cabeza, donde reside el centro del sistema nervioso, y el tronco, donde se operan las actividades vitales y nutritivas, el rey es un mediador entre el clero y los laicos, un intermediario entre el cielo y la tierra, y los caballeros son la "juntura" entre la ciudad terrestre y la Jerusalén de Arriba. Para realizar este puente, es menester sacrificar el yo y librar su vida en sacrificio: la iniciación caballeresca consiste por otro lado en la ofrenda de la cabeza. Ella se refiere al simbolismo de la cabeza cortada, en tanto que el héroe que libra su cabeza renuncia a su poder y a su propia voluntad hasta la muerte.

Así la a*colada*, y los *collares* de la caballería, más allá de las apariencias, "ponen en práctica" el lugar de manifestación del Verbo, Palabra creadora y regeneradora, principio del Poder real universal, y Él también Mediador entre el hombre y Dios, *Pontifex*.

Por otro lado, las 7 armas recibidas en la armadura (5 y luego 2 más) están en relación con las armas de luz del combate espiritual evocado por San Pablo en su epístola a los Efesios (VI, 10-18); ellas corresponden también a las 7 virtudes y a los 7 dones del Espíritu, concebidos como medios operativos de transformación para alcanzar la perfección. Tienen así las correspondencias siguientes:

Espuelas	Templanza	Temor de Dios Celo por la salvación
Coraza	Prudencia	Piedad
Guanteletes	Justicia	Ciencia, discernimiento
Espada	Fuerza	Fuerza
Escudo	Fe	Consejo
Cota de malla o **casco**	Esperanza	Inteligencia
Lanza	Caridad	Sabiduría

Entre estas armas, la espada, ceñida por el padrino después de la entrega de las espuelas de oro (o doradas), emblemas del "hombre a caballo", ocupa el lugar central. Ella manifiesta el poder recibido de combatir como hombre libre al servicio de la Ley de Dios y su Justicia. Pero ella es también, prolongando la mano, el "instrumento" por el que son comunicados físicamente el despertar a la vocación y la bendición celeste. Ella es entonces el símbolo del poder divino del Verbo que saca al orden del caos y hace lucir la Luz en las tinieblas. Esta arma no es pues solamente destructiva, es también ordenadora y creadora. Y por la cruz de su guarda lleva el signo de la victoria sobre el mal y la muerte, el de la liberación de los cautivos.

En cuanto al caballo mismo, que caracteriza el guerrero a caballo que es el caballero, su simbolismo es sumamente rico. Observemos solamente que “el caballo”, que lógicamente debe obedecer al caballero, simboliza las fuerzas elementales y vitales, instintos y pasiones que conviene al caballero amaestrar si quiere alcanzar su objetivo”.[26] A lo que añadiremos que si éste asiento físico y moral constituye la base del oficio o los rudimentos del arte, el caballo es también un animal psicopompo que permite cabalgar a través del espacio y del tiempo y dominar el cosmos.

<u>En qué la armadura es un rito iniciático</u>

La iniciación, en el sentido tradicional, puede ser definida como la recepción de una influencia espiritual particular a través de una cadena de transmisión de origen suprahumano, visible o no, que permite el despertar de la consciencia espiritual según un modo de cumplimiento activo, voluntario y personal, gracias a una enseñanza doctrinal simbólica y a un método compuesto de ejercicios rituales y ascéticos. En tanto que vía de perfeccionamiento interior, implicando la transmisión de conocimientos sagrados, la iniciación está necesariamente reservada a un pequeño número de personas cualificadas para comprenderla y sacar provecho de ella. Y la entrada en esta vía no puede hacerse si no es bajo el velo del secreto, por una parte por razón de que ella comporta nociones y comportamientos inasimilables, incluso sorprendentes, para el común de los mortales, y por otra, porque lo esencial de lo que ella transporta y transmite es incomunicable mediante el discurso ordinario y responde a la experiencia sagrada de lo divino, invisible e inefable. Añadamos que las influencias exteriores disuelven y “dilapidan” los gérmenes de las perlas nacidas en el crisol del corazón...

¿En qué la orden de caballería conferida, a menudo públicamente, con la bendición de la Iglesia, y a la cual le está reconocida una dignidad no solamente espiritual sino también social, responde a esta definición?

Se impone una primera observación, y es que la armadura caballeresca es manifiestamente una ceremonia con doble sentido, a la vez exotérico y esotérico, religioso e iniciático, ello sin contar, que es por otra parte, una de las especifidades del cristianismo, que transmite, a través de los 7 sacramentos abiertos a todos, una vía de acceso a los “misterios del Reino de los Cielos”, definidos como por encima de las capacidades humanas ordinarias. Dos ritos coexisten aquí: de una parte el de la bendición de una vocación que sobrepasa la de los simples laicos, de otra, la admisión propiamente dicha en una orden, muy raramente cumplida por el celebrante eclesiástico. Es el padrino del caballero quien la efectúa, transmitiéndole lo que él mismo ha recibido, creando al caballero y recibiéndolo en una orden que tiene sus reglas y usos propios, desconocidos por aquellos que no los practican. Se trata de una adopción en una filiación espiritual.

A destacar que únicamente la ceremonia de armamento es pública, en tanto que dicha ceremonia es también un compromiso social y religioso. Todo el resto responde a una decisión personal motivada por una vocación específica, encuadrada por elementos simbólicos y rituales característicos. Así, la admisión a la caballería comporta 3 veces 7 años de aprendizaje, más el acompañamiento de un caballero, con pruebas destinadas a testar al candidato. El ayuno y la vela de armas, después de una confesión general, se cumplen en la soledad y el secreto, equivaliendo a

[26] *L’initiation chevaleresque et la légende arthurienne* par Dominique Viseux, Paris, 1980.

un verdadero "descenso a los infiernos" en la oscuridad, y sirviendo para probar la solidez y la orientación del deseo del candidato. Es una decantación alquímica que prueba la resistencia y el equilibrio de fuerzas del cuerpo, el alma y el espíritu en la travesía de las tres noches. Por otra parte, nadie puede improvisarse caballero: se tiene que ser armado – adoptado – por alguien que haya recibido esta orden y que sea apto para transmitirla de acuerdo a las formas requeridas. Así, la armadura, correctamente cumplida, es la transmisión de una influencia espiritual iniciática y operativa, gracias a la eficacia de la cual el nuevo recibido podrá esperar la perfección de su estado guerrero. Podemos decir que todo caballero así armado (y esta palabra debemos tomarla aquí en su sentido más fuerte) habrá recibido la iniciación virtual que luego le corresponderá realizar por su propio progreso y conducta.

Aquí, dos personajes tienen un papel de capital importancia:

- el Padrino, que a menudo suele ser el caballero junto al que ha estado el candidato como escudero que lo arma, y que es su verdadero iniciador, el Maestro. Es el que transmite al neófito los "secretos del oficio", incluso si se trata de un príncipe o algún otro gran señor que arma al candidato. Por otra parte, no resulta raro que un nuevo caballero tome al principio el escudo de armas de su padrino - es decir, sus armas simbólicas espirituales -, en signo de pertenencia a su línea espiritual, a su señoría de honor.

- la Dama, que es la inspiradora del deseo de perfección, el soporte de concentración de los pensamientos nobles, el espejo de meditación y atracción íntima, el "Oriente" y el ideal a alcanzar. Frecuentemente es la que entrega la lanza y el escudo a su "sirviente", ya que ella *orienta* el uso y el destino de estas armas guerreras y heráldicas.

Por otro lado, nos atrevemos a pensar que, al margen de la ceremonia pública, fueran transmitidos a aquellos que se mostraran dignos de ello secretos equivalentes a los "toques, signos y palabras" de la Francmasonería, como, por ejemplo, la entrega de un anillo que los uniría a una cadena iniciática; como también la utilización de la espada como medio de conjura y exorcismo; como también secretos relacionados con posturas corporales y gestos, fueran estos para el combate, fueran para la meditación y plegaria, de naturaleza por ejemplo a concentrar la energía vital o espiritual... Hemos observado en diversos sitios la alusión a la transmisión de *oraciones secretas*, remontándose en algunas ocasiones muy "lejos"[27]. Así, en el *Perceval* de Chrétien de Troyes, el héroe, después de *cinco años errante*, se convierte el viernes santo y encuentra un ermitaño que es hermano de su madre (alusión a un parentesco espiritual en una misma cofradía). Perceval, después de haber aceptado hacer penitencia, ser fiel a sus deberes, ir a la iglesia cada mañana para meditar u oír misa, socorrer a las vírgenes, las viudas y los huérfanos, recibe la transmisión de una invocación secreta del Nombre divino: "Perceval, lo acepta todo. Entonces el ermitaño le susurró con gran secreto a la *oreja* cierta plegaria que éste repitió hasta memorizarla, y esta plegaria contenía muchos de los nombres del Señor Dios entre *los más poderosos*, y que ninguna boca humana debía pronunciar. Cuando la plegaria fue aprendida, le prohibió volver a pronunciar tales nombres si no fuera con ocasión de gran peligro. "No Sire, no lo haré, dijo Perceval". Se quedó pues allí, y oyó misa *en la alegría de su corazón*"[28]. Podemos encontrar un ejemplo de

[27] Una de estas oraciones, que conocemos, que se considera preserva de las bestias venenosas y la muerte en combate, se dice fue encontrada en el Santo Sepulcro...
[28] Pasajes subrayados por nosotros.

estos nombres, pintados discretamente sobre la cruz del escudo de este guerrero que lleva los colores de la Orden del Temple en el retablo del *Cordero místico* de Van Eyck:

D(eus) FORTIS ADONAI SABAOT V(erus) EM(manuel) IHC XP AGLA

Lo que en todo caso sí que es cierto es que tanto los caballeros del Temple, como los caballeros de San Juan de Jerusalén, tenían el privilegio de depender, en lo espiritual, de capellanes juramentados miembros de su orden, o directamente del Papa, lo que justifica que sólo ciertas categorías de sacerdotes podían comprender los secretos que estas órdenes comportaban y ser capaces de entender a estos caballeros en confesión. Pero fuera del caso de pertenencia a estas órdenes, depositarias en su seno de una enseñanza "reservada", la realización iniciática del caballero depende de la consciencia efectiva que tenga de su orientación, es decir, en última instancia de su voluntad de hombre libre. Su búsqueda se traducirá en todo o en parte, si ésta es verdadera, por su adopción a una cadena invisible de "hombres probos" y "ermitaños" a la que será llamado, sea por tradición familiar, sea por las proezas cumplidas que testimonien su valor, lo que le hará ser reconocido por aquellos más cualificados que él. Y tal es así la especificad de esta vía iniciática, solitaria y aventurera, que hay que precisar.

V. LA BÚSQUEDA INICIÁTICA EN LA VÍA HERÓICA

Lo que nombramos búsqueda (la *gesta* de las novelas artúricas) no es una simple búsqueda, en el sentido en que bastaría para descubrir la respuesta a una pregunta, o resolver un enigma. Como toda gestión auténticamente iniciática, la búsqueda heroica es una llamada interior sentida en el corazón del ser, que se traduce por un preguntar al alma. Movido por esta llamada, el hombre noble va a entregarse a ella íntegramente y a consagrarle generosamente todas sus energías; de tal manera que, gradualmente acabará comprendiendo que su existencia por entero es la búsqueda.

Ella concierne antes que nada a la elucidación de lo que él mismo es, en él mismo, ya que la esencia de la caballería consiste en descubrir en sí mismo la "parte honorable" - el "noble fondo", diría el Maestro Eckart -, la cual se tratará a continuación de desvelar y hacer respetar en todo ser viviente. Tal es el santo *deber* específico de la caballería. Éste deber, implica contraer un compromiso personal ante su propio corazón, es decir, en suma, considerarse realmente ligado como un vasallo hacia aquel que, en sí mismo, es nobleza y señorío puros. Esta parte secreta, soberana, del destino personal, aparece en la imagen sensible que da la Dama de sus pensamientos. Ella encarna la pura naturaleza de lo que el caballero quiere más en el mundo, es como el espejo de su propia belleza interior, misteriosamente escondida aún a su visión. Es por lo que un caballero debe someter todos sus deseos al consejo de su Dama, y dedicarse enteramente a su servicio, hasta que la gracia divina le permita reconocer en él mismo la presencia e identidad de la que ella es epifanía velada. Entonces se realiza la identificación del (y con él) *sujeto* activo de su propia existencia y surge la unidad de "sí mismo".

En este sentido, Henry Corbin dice con derecho que la "idea del *hombre noble*, en su verdadero sentido, que es el sentido espiritual, (es el) de una nobleza exclusivamente fundada sobre la filiación divina del hombre interior, es decir, del hombre, no tal cual el mundo lo ve, sino como Dios lo ve", lo que establece "una relación caballeresca entre el hombre y Dios como su señor personal".[29]

[29] H. Corbin, *Pour une nouvelle chevalerie* en "*Question de*" nº 1, París, 1973.

Es así que el eje esencial de la búsqueda es *descubrir su propio nombre*, en el sentido en que el nombre expresa la vocación profunda de un ser, lo que lo "llama" y manifiesta la naturaleza activa del "núcleo inmortal" que lo anima. Ya que, si según el Génesis, el hombre ha sido creado "a imagen y semejanza de Dios", la forma de esta semejanza se revela particular a cada *persona*, y representa su propia vía para recobrar el estado primordial anterior a la caída. Es así, que numerosas novelas del ciclo artúrico dedican una parte fundamental al descubrimiento por parte del héroe de ésta "clave de sí mismo":

- *Lancelot du Lac* (Lanzarote del Lago), nombrado "Yerno del rey" por la hada Viviana durante su infancia, descubre su nombre, así como el de su padre, el rey Ban de Bénoïc, y encuentra su blasón abriendo su propia tumba, esto después de haber entregado el castillo de la Dolorosa Guardia. Señalaremos aquí que la identidad del héroe se compone de tres elementos complementarios: su nombre propio (o nombre de bautismo, a saber, Lanzarote), el de su padre y su línea familiar, y el nombre, mudo, de los "colores" de su corazón, secreto "soplado" por el blasón. Esto se relaciona respectivamente con el agua, la sangre y el Espíritu, que son designados por San Juan, en su primera epístola[30], como los tres testigos aquí abajo de la Trinidad divina. El agua es el substrato vibratorio propio de su personalidad que modela su forma individual, y la onda de su encarnación terrestre y su destino. La sangre es el depósito específico de las cualidades vitales que él hereda en la cadena de generaciones humanas y de la que deberá extraer las virtudes luminosas[31]; en este caso se trata aquí de energías principescas. En fin, el Espíritu es el soplo primero y principal que lo anima, el influjo divino particular que insufla, inspira y guía al ser, en su noble fondo. (Efectivamente el blasón, etimológicamente, es una palabra secreta, *soplada* por medio de signos y colores). En esta tríada fundadora, el agua sólo recobra su pureza inicial por el bautismo, la sangre no es redimida de su mancha sino en el cuerpo del Salvador, por la eucaristía, y el Espíritu es despertado y fortificado por la confirmación. Destacaremos finalmente que el nombre comporta un triple aspecto: la expresión sonora (o escrita), es decir, su forma manifestada, el acto de designar y nombrar, o la fuerza de asignación, y finalmente el sentido de "¿qué es esta cosa?" que revela.
- *Perceval*, en el cuento de Chrétien de Troyes, "adivina su nombre" cuando su prima viene a su encuentro para culparle después de su infructuoso primer paso por el castillo del Grial.
- *El rey Arturo* descubre simultáneamente su nombre y su identidad real, cuando la prueba victoriosa de la espada sacada de la piedra (o del yunque).
- *El Bello Desconocido*, personaje típico del cuento de Renaud de Beaujeu, no aprende su nombre sino al final de sus aventuras, cuando el episodio del "Beso Altivo" en el que besa a una serpiente monstruosa que se transforma en una bella joven, la cual le revela su identidad.

[30] I Jn V, 7.
[31] Recordaremos al respecto que en hebreo la palabra *DAM*, que significa la sangre, significa también semejanza. Ahora bien, el arte real alquímico consiste (en particular para la "nobleza de extracción") en extraer de su propia naturaleza, tal como la transporta la sangre (pero también las influencias sutiles transmitidas por la educación), la quintaesencia *virginal*. Esta tintura, una vez fijada, siendo el soporte harmónico y el fuego matricial de la forma corporal en su fuerza generadora, debe ser unida al azufre de la esencia espiritual del ser, purificada totalmente de sus gangas egóticas. Son entonces las bodas químicas de la Reina y el Rey, de las cuales Christian Rosencreutz hace una evocación ejemplar.
Añadamos que las potencialidades luminosas de esta naturaleza personal virginal que evocamos, se despiertan únicamente por la chispa iluminadora de la *acolada*; cuando el consagrador y aquel que es armado están efectivamente dotados de las cualidades requeridas. Ningún esfuerzo humano puede suplir la bendición celeste, que es en todos los aspectos el agente único de la transformación. Sin este don, efecto de la gracia, ninguna obra es posible: los recursos de una *línea* permanecerán aletargados, como la Bella Durmiente del Bosque, hasta que el beso *ígneo* de la alianza espiritual no le sea insuflada tangiblemente.

- *Perceforêt*, hijo de rey, olvida su nombre al principio de la gesta que emprende por salvar y encontrar a su dama; y no es hasta que finalmente la reconoce y va a desposarse con ella que rememora quien es.

Todo esto hace pues alusión a una memoria ontológica olvidada, la de la personalidad verdadera que trasciende la individualidad contingente, la cual se trata de hacerla volver a la consciencia para "desposarla". Y es a través de pruebas y combates que el héroe se revela a sí mismo, mesurando su "valor", es decir, la naturaleza de su energía creadora, la misma que le da el ser, el movimiento y la vida. Esta revelación tiene lugar ante la muerte del "yo" y da la visión real del "Yo" eterno.

Es sólo entonces que, como Don Quijote, el caballero cumplido puede decir "Sé quién soy", y que la muerte ya no puede nada contra él. Ya que, yendo hasta el final de su libertad ontológica, el hombre noble descubre el principio mismo de la liberación de los límites de lo creado.

Al final del *Parzival* de Wolfram Eschenbach, se dice que Lohengrin, el caballero del cisne, hijo de Perceval, antes de retirarse del mundo para guardar el Grial, deja tres "preciosos recuerdos" a su esposa: una espada, un corazón y un anillo. De hecho son las tres claves fundamentales de la búsqueda. La primera indica el eje de la voluntad, que debe ser determinada y concentrada como el acero de una lama, apuntada en la superación de uno mismo y la encarnación de la voluntad divina. La segunda hace alusión a la memoria viva de la llamada de su propio nombre de luz, en el secreto del corazón, puerta abierta a la voz del Espíritu Santo y recuerdo constante de sí mismo: "¡acordaos de vos mismo!" le dice Galaad a su padre Lanzarote, al dejarle... La tercera significa la alianza particular contraída por el caballero con las fuerzas celestes con que está emparentado, y de las que la Dama es una figura sensible (figura que entendemos aquí como una mujer o como una compañía de iniciados); esto, a fin de que su juicio no se ejerza nunca aisladamente sino siempre en unión con la tradición sagrada a la que responde, en inteligencia, con su comunidad humana y la universalidad que representa. En el sentido moral, podríamos evocar también el coraje, el honor y la fidelidad, que son los garantes del equilibrio interior en esta búsqueda triplemente arriesgada, de la que conviene precisar las características.

La primera característica, *capital*, de esta vía, es la necesidad de verter la sangre y hacer don de su vida. Así, Pascal Gambirasio escribe[32]: "La vía de realización espiritual caballeresca está totalmente centrada sobre la noción de sacrificio, sobre una interpretación, diríamos por nuestra parte sobre una visión sacrificadora de la vida, en el sentido del "sacrum facere", es decir, del acto de hacer sagrado, el cual no es otra cosa que "reunir lo disperso", así pues, reunir el yo al sí mismo y partiendo del volver a encontrar la semejanza divina". En efecto, la sangre es el vehículo del alma, y no puede haber justificación en el hecho de verter la sangre sino se trata de sacrificar el alma animal y su fermento de corrupción para liberar el alma inmortal, la sangre divina, o "Sangre Real" (Real y real); como, en otro registro, lo hacen los mártires que "han lavado su ropa en la sangre del Cordero", y que muestra el Apocalipsis. El primer estadio de la iniciación caballeresca es pues *la aceptación de la muerte* y el sacrificio del individuo.

El segundo aspecto de esta vía es que las etapas son diferentes para cada uno, ligadas a sus propias aventuras, y que ella implica una elucidación solitaria y una maestría del destino

[32] En *Travaux de la Loge nationale de recherches Villard de Honnecourt* nº 4, París, 1982, pág. 206.

personal. Como lo indica Dominique Visieux[33], la palabra *aventura* tiene la misma raíz que *adviento* y *advenimiento* e implica a la vez "lo que debe llegar" y "lo que está cumplido"; "así la aventura suprema del caballero será su advenimiento, es decir, la accesión al supremo grado de realización espiritual". En este sentido, cada aventura y cada encuentro es un encuentro con sí mismo, un espejo tendido y un signo dado por el Cielo para guiarse en el camino.

El tercer aspecto de la vía caballeresca es el de "cabalgar" entre lo visible y lo invisible, entre la tierra y el cielo, entre lo espiritual y lo temporal, de ser una facción en la frontera de dos mundos. El hombre de la guerra santa, el caballero, es siempre guardián y vigía. Es el hombre de los límites, de los márgenes, de las zonas de peligro y contacto con el enemigo, que debe *probarse constantemente*, guardar una vigilancia y una fuerza en todos los instantes. Si volvemos a la palabra latina *miles* (soldado), encontraremos *limes* (marcas, fronteras). El caballero encarna la junción de los opuestos, del exterior y el interior, de la acción y la contemplación, de la guerra y la paz del corazón, del errabundo aventurado y el anclaje en la regla del honor[34]. No es por otra parte ni un sacerdote ni un laico.

Como bien ha demostrado Henry Corbin a propósito de la caballería persa, este tipo de hombre está en relación particular con los ángeles, en tanto que estos son los mensajeros y los vigilantes, mediadores celestes que transmiten las múltiples teofanías de Dios escondido. El caballero está ligado a ellos por la intuición visionaria del mundo imaginario, al que hace referencia la importancia otorgada a los sueños y visiones (como el de las gotas de sangre sobre la nieve en *Perceval*) en el ciclo del Grial.

La vía heroica es una *conquista*: a la vez una búsqueda orientada y un combate, tanto con el demonio como con el ángel. Es la condición del *encuentro* con Dios. Es la aventura vivida que permite el advenimiento a la consciencia de la presencia divina. En este sentido, es necesario mesurar las fuerzas y las ocasiones en el mundo, tenebrosas y luminosas[35], para tomar la media exacta de uno mismo y descubrir al Maestro interior que purificará la visión y guiará en el camino a seguir. Como en el grabado de Durero, el caballero cabalga codo a codo con la muerte (que lleva en su espada) y el diablo. Por este hecho, la vía heroica no puede obedecer a la ley común de los hombres ordinarios, ni tampoco a la regla de los monjes de clausura enclavados fuera del mundo; la vía heroica obedece a las inspiraciones del ángel, guía interior, y reposa sobre un código de honor no escrito que transcribe en los actos de la conducta cotidiana la búsqueda de la luz de Gloria y de Belleza. La función del caballero es en efecto la de *llevar la gloria*, es decir, restituir las cosas y los seres a su fuente luminosa eterna y reintegrarlas en el orden universal. Para liberar la luz de las tinieblas y disipar las fuerzas oscuras de la nada, le corresponde a cada uno encontrar su vía siguiendo su lanza y su escudo, que trazan el camino e indican los medios. Las aventuras vividas enseñan a volver sobre sí, ya que cada uno sólo encuentra aquello a que se asemeja.

---

[33] *Op. cit.*

[34] Es uno de los significados simbólicos del sello de la orden del Temple, representando a dos caballeros sobre el mismo caballo. Podemos pensar también que representan, a semejanza de los Avçin, gemelos védicos, o de Castor y Polux, los dos hermanos "Hijos del Trueno", Santiago y Juan o los dos principios complementarios evocados por las dos columnas del Templo, el agua y el fuego, Enoch y Elías; o bien la unión de los dos poderes real y sacerdotal, incluso de los dos Testamentos, llevados por la Tradición común, exotérica y esotérica; o incluso, en otro sentido, el cuerpo, soporte del alma y del espíritu, y los dos nacimientos correspondientes...

[35] Podemos pensar en particular aquí, en el sentido del "pavimento mosaico".

El caballero es, por excelencia, el "homo viator", aquel que viaja sin cesar por el bien del orden, para defender la justicia, también para *cubrirse de Gloria*, incluso para buscar el Santo Grial. Es en este peregrinaje que prueba su valor; en su capacidad por permanecer en su corazón fiel a su misión y a *orientarse* constantemente sobre el único centro en medio de las tribulaciones de ésta existencia activa y móvil. Las aventuras, las pruebas, los encuentros, los combates, son otros tantos espejos que la Providencia tiende a su ser para que pueda reconocerse, perseverar en el cumplimiento de las virtudes caballerescas y buscar la perfección. A través de un desapego radical del "mundo".

Los caballeros errantes llevaban un dominio, es decir, un hierro en la pierna o en el brazo para simbolizar el voto particular que se habían fijado. Los otros llevaban al cuello la cadena o el collar de su orden.

Este anillo simbólico – a menudo de hierro, metal de Marte y de la guerra – era el constante recuerdo, en su carne, de lo Único necesario y de la Palabra: "buscad primero el Reino de Dios y su Justicia y todo el resto os será dado por añadidura". Ya que el combate verdadero se sitúa en la Guerra Santa permanente con uno mismo. La guerra a librar se sitúa en el interior del corazón, a la luz de la Fe, entre lo que lleva a la muerte y lo que es inmortal. En cuanto a los objetivos asignados a estos combates, podemos resumirlos con estas palabras: "vencer al dragón y conquistar la Gloria".

"Vencer al dragón": el del caos, el de la materia informe, el de la naturaleza corrompida por la caída original y las fuerzas de división infernales. En el mito de San Miguel, se trata del mismo Satán que tiene la humanidad en esclavitud. En el mito de San Jorge, un dragón amenaza devorar a "la hija del rey". El héroe debe pues liberar a esta virgen (tema universal de las novelas de caballería), que no es otra que la naturaleza original, la parte espiritual increada, la Sabiduría.

"La Gloria" no es el renombre o la vanidad: es la misma noción metafísica que la conocida por los Masones que trabajan "a la Gloria del Gran Arquitecto del Universo", y la evocada por la divisa de los Templarios, "Non nobis Domine, non nobis sed nomini tuo da gloriam". Es la manifestación en este mundo de la Presencia divina bajo la forma de una epifanía luminosa resplandeciente: manifestación de la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza del Creador por la cegadora claridad luminosa, la intensidad vibratoria de energía y calor, y el clamoroso resplandor. Es esta gloria que aparece en torno al Grial, copa santa que produce a su alrededor la *transfiguración sustancial del cosmos*, la inmanencia tangible de la divinidad en el corazón de Su creación. Esta gloria es la epifanía sensible del Nombre *Emmanuel*. Ella expresa la realización del "Reino sobre la tierra como en el cielo", es decir, la reintegración en el estado paradisíaco primordial.

En el Santo Grial, la copa de esmeralda testimonia por su *viriditäs* el Poder vivificante del Agente universal en la naturaleza, y la Sangre de Gloria manifiesta la Presencia divina en el centro del cosmos, diferente de la Eucaristía que es Su Presencia redentora en el seno del microcosmos humano. La copa de esmeralda conteniendo el rubí de la "Piedra caída del Cielo" (o "lapsit exillis") es pues el corazón real del universo. Y es el "lugar" de cumplimiento del deseo del corazón aventurero, el de su transfiguración y transmutación del ser por entero. Alcanzar el estado glorioso consiste así en realizar aquí abajo la incorruptibilidad y la inmortalidad del cuerpo de resurrección, por el conocimiento transformador de la "verdadera luz" iniciática. Y al igual que el corazón es el órgano central de la vida, la gesta caballeresca gira por entero en torno al Corazón Real. El cumplimiento "solar" del héroe debe realizarse *simultáneamente en el mundo,*

en sí mismo, y en Dios: la vía real es la del Medio en que todas las cosas están unidas[36]. Ella implica una *constante guardia vigilante de su propio corazón*, como si de una plaza fuerte se tratara o de Tierra Santa.

VI. LA DOCTRINA ESOTÉRICA EN LA VÍA CABALLERESCA

Los modelos de los caballeros son David, Salomón y el Cristo, y es a su función real que se refiere la enseñanza dispensada por la gnosis heroica. La *Gesta del Santo Grial* dice esto: "Salomón era tan sabio que fue provisto de todas las buenas ciencias que puede conocer un corazón humano; sabía la forma de las piedras preciosas y las virtudes de las hierbas, el curso del firmamento y la marcha de las estrellas mejor que nadie, fuera del supremo Dios". Este tipo de conocimiento detentado por Salomón es pues el de los "pequeños misterios", cosmológicos y herméticos en los que era maestro cumplido. Pero esto no es más que una parte de la doctrina. Ya que ella incluye el misterio del Grial, es decir, de la comunicación de la vida divina por la Sangre Real de Dios encarnado, Rey de reyes y Sol de Justicia. Y es preciso pasar de la Mesa Redonda, que simboliza por su forma el firmamento y el zodíaco, y donde pueden sentarse caballeros de todos los lugares y religiones, a la Mesa del Grial, cuadrada o rectangular, en la que sólo pueden sentarse los 12 mejores caballeros cristianos, y que representa los "grandes misterios" metacósmicos y celestiales.

Así, al principio de la *Gesta*, "el viejo hombre próvido vestido con ropas de religión" advirtió a los caballeros de la Mesa Redonda que "ésta gesta no es búsqueda de cosas terrestres sino que debe ser la búsqueda de los grandes secretos de Nuestro Señor y de los Misterios que el Alto Maestro mostrará al bienaventurado caballero elegido por su sargento". Es preciso pues pasar de la maestría cósmica, o realeza terrestre, al conocimiento de los misterios de la divinidad, "a los pies del Trono de la Gloria".

Desde luego que lo esencial de esta enseñanza esotérica es transmitido por las leyendas del ciclo artúrico, en el bien entendido que todos los autores han afirmado que su historia provenía de un único antiguo libro escrito por Jesucristo mismo, o por José de Arimatea, de origen no humano, y que por encima de lo revelado por escrito, la tradición del Santo Grial es una transmisión oral secreta a la que uno no puede aproximarse sin estar debidamente cualificado y elegido.

Esta tradición es la confluencia de la historia santa y el Apocalipsis, y podemos observar por otra parte el importante número de sellos de la Orden del Temple[37] presentando emblemas sacados de este último libro. Lo que tampoco resulta tan sorprendente, puesto que es por excelencia el libro de la Revelación y del Juicio, función real y caballeresca.

Perpetuar la consciencia del centro

En el plano de la persona o "microcosmos", el corazón corresponde al centro espiritual del ser; en el plano del "macrocosmos", es el centro sagrado de la Revelación, el santo Grial, el Sepulcro de Cristo o la Tierra Santa.

[36] Lo que estaría relacionado con el "punto en medio del círculo o un Masón no puede desfallecer"...
[37] Cf. *Les sceaux Templiers* por Paul de Saint-Hilare, Paris, 1981.

Las funciones de los guardianes de Tierra Santa han sido magistralmente estudiadas por R. Guénon, en diferentes obras[38] desde el punto de vista de su alcance metafísico, y preferimos remitir a los interesados a dicho autor.

Sin embargo, podemos recordar que la Tierra Santa es como el reflejo temporal del Paraíso y del centro único original de toda la humanidad.

Esta custodia de Tierra Santa implica pues para aquellos encargados de ella, en particular las grandes órdenes caballerescas fundadas en Jerusalén, la adquisición de un estado espiritual lo más próximo posible al estado primordial edénico.

Es por lo que la mística de Nuestra Señora tiene un lugar importante - como entre los Templarios y los Teutónicos -; ya que la Virgen inmaculada encarna este estado de pureza original.

Esta "guarda" consiste pues en mantener vivo el recuerdo de la unidad original del género humano y la universalidad de la Revelación divina ofrecida a Adán, del que ofrecen recuerdo de manera diversa las diferentes tradiciones salidas de la misma.

Entre las leyendas curiosas propias de la caballería destacaremos la de los Nueve Hombres de Pro que son los modelos universalmente propuestos[39]. Observemos simplemente que de los 9 héroes, 3 pertenecen a la antigüedad pagana, 3 al judaísmo, 3 a la Cristiandad (entre ellos el rey Arturo), lo que implica la consciencia de unidad trascendente de las religiones y de la tradición primordial universal.

Simbólicamente, las ceremonias de armadura tenían lugar frecuentemente por Pentecostés, momento en que el Espíritu Único se hacía oír a cada uno en su propia lengua, aboliendo la división surgida de Babel.

Lo que quiere decir que si la función del caballero cristiano es la de defender la Iglesia, esta función consiste también en reconocer a aquel que guarda la Mezquita o la Sinagoga como a un igual y un hermano, incluso si temporalmente son adversarios.

Es por lo que, en la leyenda de los 9 Hombres de Pro, 3 son paganos, 3 judíos y 3 son cristianos, y en la de la Mesa Redonda se dice también que la corte de Arturo acogía en esta mesa a caballeros paganos.

La Iglesia a defender es por extensión todo recinto sagrado, todo santuario de la presencia divina, y luego también la viuda y el huérfano, imágenes de la humanidad necesitada del socorro y protección del Padre Eterno. Por otra parte, en su Epístola, Santiago escribe que "la religión perfecta es la de visitar las viudas y los huérfanos y guardarse puro en medio del mundo".

Así, para un caballero cristiano, realizar su vocación es manifestar la nobleza de la humanidad perfecta en la dimensión universal que ha revestido y revelado el Cristo. Es entonces que el

[38] En particular, en *El Rey del Mundo*, *Apreciaciones sobre el esoterismo cristiano*, y *Símbolos fundamentales de la Ciencia sagrada*.
[39] Cf. el capítulo titulado "la adquisición del blasón" en *El lenguaje secreto del blasón* de Gérard de Sorval, París, 1981 (N.T.: existe traducción castellana).

Corazón deviene el Trono efectivo del "Reino de los Cielos" que está "por encima de nosotros", la Sede y la Morada del Señor Todopoderoso.

El guarda del corazón

En este aspecto, hay que insistir sobre la noción de *guarda del corazón* que es fundamental en la vía caballeresca.

Ya hemos visto que es Longino quien traspasa el corazón de Cristo, y que es a la caballería a quien es confiada la guarda del Santo Grial, que simbólicamente es parecido al Sagrado Corazón.

Por otra parte, el guerrero es ante todo un guardián y un vigilante, lo que lo asemeja al ángel, como hemos visto. La vocación caballeresca y también su método espiritual consisten en proteger el recinto y apuntar al centro del blanco con la lanza o la flecha.

Por último y sobretodo, desarrollan la conciencia central de la realeza interior del Sí, o si se prefiere del corazón del Ser habitado por la presencia divina.

En el ciclo artúrico[40], Viviana declara a Lanzarote que si quiere llegar a ser caballero, le es menester "tener un corazón perfectamente limpio y puro" que debe ser "duro como el diamante" contra los malvados y "de cera blanda y maleable" para los débiles y los pobres. Es decir que el corazón estrellado del caballero debe saber dispensar Rigor y Misericordia como Dios mismo, lo que supone una conciencia espiritual despierta.

Esta conciencia del corazón se traduce en la vía caballeresca, por la adopción de un Nombre emblemático que exprese la parte trascendente e inmortal del ser y testimonie su función cósmica y su vocación celeste. Este hierónimo, análogo a la máscara sagrada, no es otro que el blasón, a la vez signo de reconocimiento, símbolo de la gesta personal, tótem protector y emblema del honor. Es hasta tal punto importante que cuando un caballero se deshonra, pierde su derecho al escudo de armas, que es solemnemente roto en público al considerarlo como muerto.

Entre las ciencias herméticas enseñadas en la vía caballeresca, al margen de la alquimia propiamente dicha practicada por algunos, dos de ellas son "materias obligadas": la Ciencia Heroica o Noble ciencia del Blasón, y el Fino Amor, o amor cortés, que son dos artes de transmutación participando ambas del descubrimiento y realización del oro puro.

El Blasón

Como en todas las iniciaciones guerreras, encontramos en la iniciación caballeresca un aspecto totémico en el que se trata para el individuo de identificar la *fuerza* esencial presente en él y su *forma*, se trate ésta de un animal, una planta o un trazado geométrico. Tal es grosso modo el primer significado del Blasón. Pero las armas son también mucho más que esto: ellas figuran el armazón interior, el esqueleto espiritual, si se nos permite, mejor aún, el nombre iniciático; es decir el nombre eterno de la persona (y no el del individuo profano) así como su vocación en el Plano divino. El descubrimiento de este nombre angélico y el del "santo Deber" que le está

[40] *Lancelot*, París, Édit. "10-18", pág. 92.

vinculado es el primer objeto de la gesta caballeresca, así como el de la divisa que eventualmente explicita su orientación específica.

Las armas heráldicas manifiestan así, bajo forma de símbolos gráficos y sonoros, las energías espirituales que encarna el caballero y que lo caracterizan entre los otros.

Las reglas del blasón son muy estrictas y habría que poder profundizar en ellas más largamente. Digamos simplemente, que como señala Michel Pastoureau[41], el blasón es una imagen inmaterial, delimitada, organizada y orientada, una imagen plana y transparente estructurada en varios planos de profundidad, una imagen que puede multiplicarse al infinito. Según la misma concepción simbólica, los siete colores del blasón, que corresponden a los 7 planetas, a las 7 virtudes, etc., son colores abstractos, intelectuales, absolutos, traduciendo las 7 energías puras de la luz creadora del Verbo.

Lo que es importante observar es que el escudo protege el corazón del caballero durante los combates, expresando y revelando por sus colores y emblemas su contenido "energético" y luminoso, su aspecto solar.

Porque denota la transcripción de realidades sagradas y el simbolismo exacto del corazón espiritual, la lengua heráldica es un lenguaje particular y un sistema de correspondencias secretas muy riguroso[42]. El arte heráldico comporta una dimensión "operativa", entre otras cosas por sus siete colores que son "tinturas" metálicas auríferas, y por su función de "*mandala*", soporte de concentración de las energías, al mismo tiempo que escudo protector. Observemos simplemente que la titularidad heráldica presenta denominaciones que merecen que uno se interrogue. Los calificativos como "Majestad" o "Majestad sagrada", o "Alteza" o "Alteza serenísima", si se aplican a individuos resultan evidentemente absurdos y ridículos, y designan pues manifiesta-mente funciones simbólicas. Así los títulos dados en Francia para calificar heráldicamente a los príncipes son "Muy Alto, Muy Poderoso y Muy Excelente Príncipe", lo que se relaciona respectivamente con la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza...[43] La ciencia heráldica era conservada en Colegios de Heraldos, muy cerrados, y dotados de una iniciación particular en tres grados:

- el primero, el de persevante de armas, podía ser obtenido por un mensajero habiendo cabalgado durante 3 años;
- el segundo, el de heraldo, para un persevante de armas, al cabo de 7 años, con tal que haya probado su discreción, su honestidad, su virtud y su verdad; tenía el cetro como atributo;
- el último, el rey de armas, comportaba una entronización particular solemne. Tenía por atributo tres coronas, y personificaba el honor de su príncipe al igual que el del reino.

Árbitros de honor entre los caballeros, los heraldos eran ante todo los guardianes de las leyes de la dignidad espiritual y de la Belleza del alma. Ya que toda la mística caballeresca reposa sobre la identificación entre la belleza del alma y la nobleza.

---

[41] M. Pastoureau: *Figures et couleurs*; Paris, le Léopard d'or, 1986.
[42] Se puede encontrar una explicación de estos significados simbólicos, en particular en la obra *El lenguaje secreto del blasón* de G. de Sorval (*op cit*) y en *De sable et d'or, symbolique héraldique, l'honneur du nom,* por Christian Jacq y Patrice Delaperrière, París, 1976.
[43] Lo que evoca también los títulos de los dirigentes de ciertos capítulos de altos grados masónicos.

El culto a la Belleza y el amor cortés

La noción iniciática de Belleza está fundamentada sobre el hecho de que el hombre es la imagen de Dios y que la belleza expresa visiblemente el resplandor luminoso de esta imagen. Así, para ser caballero era preciso ser bello, incluso exteriormente; ya que la belleza es signo de nobleza y perfección, de harmonía en el alma y presencia virtual de la gloria, tal como indica esta plegaria citada: "tú que superas en belleza a los hijos de los hombres..." De igual modo, se exige a todo candidato al sacerdocio una virilidad demostrada. Todas las iniciaciones requieren postulantes, provistos de disposiciones morales e intelectuales precisas, cualificaciones físicas, incluso fisiognómicas. Así, la Francmasonería tradicional excluye a los tartamudos, los sordos, los tuertos, los jorobados, los contrahechos, los cojos...

Volviendo a la caballería, la belleza exterior e interior, concebida como cualidad luminosa, está especialmente encarnada por la Dama. En su *Perceval y la iniciación*, Pierre Gallais escribe: "la belleza del alma no es solamente el espejo en que el amante puede contemplar la manifestación de la belleza divina, es también el espejo en el que Dios mismo se contempla... Pues la mirada echada por el amante sobre el espejo y la que echa Dios son *idénticas*, y por esta mirada misma el hombre ama la "forma" de Dios como Dios mismo la ama". En este aspecto la Dama es el "espejo del alma trascendente del héroe"[44]. Ella representa la parte espiritual del hombre, su naturaleza celeste emanada, imagen divina que reconoce en la mujer como perteneciente a su noble fondo. Analizando lo que representa Beatriz para Dante, Louis Lallement escribe que ella es "su ejemplar divino", es decir, el arquetipo de su ser en el plano divino de la creación, este polo trascendente de su espíritu y su vocación por el que está en comunicación con la Sabiduría eterna que rige todo lo creado"[45]. Si bien la Dama juega a la vez el papel de iniciadora (la que conduce hacia el interior) y de inspiradora del verdadero conocimiento (como figura del ángel-mensajero), bajo otro aspecto es dispensadora del deseo y la energía del amor. En *El Misterio del Grial*, Julius Evola cita versos explícitos de Dino Compagni:

> "La amorosa Señora inteligencia
> que hace del alma su morada,
> que por su belleza me ha enamorado..."
> "Oh vos que tenéis sutil entendimiento,
> que amáis la Inteligencia soberana,
> la que saca el alma de la guerra,
> reside ante Dios.
> Es una Dama soberana de valor
> que nutre el alma y apacigua el corazón
> y aquel que es su servidor no se equivoca nunca".

Esta última notación indica claramente que la Dama de belleza expresa el Intelecto puro, fuente de intuición espiritual luminosa, la Sabiduría escondida en el interior del corazón que es el soporte de la memoria divina y la sede de la iluminación del Espíritu Santo. Si bien, que en ciertos casos, la Dama, o Nuestra Señora, "representa con precisión la doctrina secreta poseída por un grupo unido invisiblemente y unido además por una actitud militante"[46]. Podemos observar,

[44] "Le Graal comme voie initiatique" por Michel Bertrand, en revista Aurores, nº 38, diciembre de 1983.
[45] *Le sens symbolique de la Divine Comédie*, par Louis Lallement, París, 1984.
[46] *El misterio del Grial*, por Julius Evola, J.J. Olañeta, Palma de Mallorca, 2001.

por otra parte, como Dominique Visieux[47], que en ocasiones “el tema de la Dama se yuxtapone al del Grial, especialmente en el caso de los guardianes del Grial. Sabemos que el Grial no puede ser llevado sino por una virgen cuya pureza sea absoluta... y en este sentido hay que entender que la función de la Dama, como la de la Virgen, no puede ser otra que guardar y revelar la vida”.

Si la Dama tiene una función pedagógica respecto al caballero, es por la acción magnética del deseo que su belleza provoca que esta influencia unificadora sea ejercida. En otros términos, al igual que en la simbología cortés el ojo es considerado como la puerta del corazón, la belleza induce al amor. Ella es la manifestación de su poder de atracción universal, en tanto que el amor es concebido como el lazo de energía espiritual que enlaza todas las cosas y les da vida[48]. Así la Belleza es entendida como norma de la vida divina y fuente de beatitud: el amor de la belleza visible, conduce por grados al “Santo Amor”, que es la esencia y la acción del Principio divino, el cual invocaban los caballeros templarios en su grito de guerra “¡viva Dios Santo Amor!”. Este Amor es el poder eterno y universal “que mueve Phoebus y las otras estrellas”[49]; y como reina en el cosmos debe reinar en el corazón.

Expresar el amor viene entonces a manifestar el señorío del corazón espiritual, la unificación del ser y su nudo de gravitación. Esta noción metafísica es “la luz intelectual plena de amor” que canta Dante, de la que Ruysbroeck dice que “hay que arriesgarse en varias aventuras antes de alcanzar el punto en que uno gusta la pura esencia del Amor”.

Según los juegos de palabras al uso, *Amor* significa *A-mor*: lo que suprime la muerte, el poder divino que confiere la inmortalidad. En la lengua de los trovadores, aquel que ha obtenido la *Rosa* ha alcanzado el secreto de *Eros*, es decir, el secreto de la unión en Dios por la Belleza inteligible. Estas bodas místicas comportan a la vez la unión del amante y de la Dama, la unión del alma y de la inteligencia espiritual o Sophia, y la unión del servidor a su Señor, desposando respectivamente el atractivo horizontal, la atracción vertical y el centro de las dos dimensiones. Lo que forma la cruz de las beatitudes, emblema de las órdenes de caballería, flor abierta o estrella radiante. André Le Clapelain, trovero del siglo XII, subraya que este conocimiento amoroso y crucificante sólo puede ser secreto: “aquel que no sabe disimular no sabe amar. El amor dura raramente cuando es divulgado”.

Existe así una disciplina del arcano traducida en el lenguaje poético particular de los trovadores (el *trobar clus*), “cerrado” como las cortes de Amor en que se practicaba. Esta técnica de conocimiento remite de lo aparente a lo escondido por el juego “amoroso” de correspondencias y asonancias de sentido y de sonido, según la ley de harmonía que expresa la Belleza. Se trata de “la lengua de los pájaros”: a menudo la corte de Amor se la considera compuesta por pájaros y presidida por el Amor bajo forma de un pájaro (paloma o halcón...). Simbólicamente es el ruiseñor que es el iniciador en el conocimiento de la Rosa, y que por su canto en el corazón de la noche, expresa su perfume inefable. El canto de los pájaros es el de la inteligencia alada que se eleva *en la alegría* de la contemplación de las *maravillas* secretas del orden divino. Así, según Wolfram von Eschenbach, es por el canto de los pájaros que Perceval es despertado a su vocación

[47] *Op. cit.*
[48] Un poeta como Milosz dirá así que “No es pasión infecunda, ya que el amor que no multiplica es un amor que resucita...”, y “el amor es una atracción, y la gravitación infinita no es más que una forma sensible del amor universal”.
[49] Dante: *Divina Comedia*, canto XXXIII.

caballeresca[50]. De la misma manera, el héroe germánico, Siegfried, después de haber matado al dragón y haberse bañado en su sangre, se puso a comprender el lenguaje de los pájaros. El *trobar clus* expresa el estado de "Alegría" o sentimiento de plenitud ontológica: estado en que el ser percibe el conjunto de relaciones de amor que unen la naturaleza, el hombre y Dios, en la unidad principal del estado paradisíaco primordial. Esta manera de expresar la *consonancia interior de toda cosa* por el "canto de los pájaros", reviste a la vez el *encantamiento* melódico con el ritmo de los versos, la *evocación* simbólica de la analogía entre sentidos y sonidos, y la *invocación* de los Nombres divinos, según tres niveles de comprensión simultáneos. Se trata aquí de una auténtica jerga, parecida a la del blasón, que expresa la operación hermética de la realización del Andrógino primordial, del Rebis filosófico. Si el génesis heráldico traduce la polaridad de la emergencia del Azufre, la corte de Amor celebra el arte de fijar el Mercurio.

El juego cósmico y la guerra liberadora

La vía del guerrero es la de hacer la guerra: la guerra es la rueda de su acción, mientras que la Justicia es su eje central. ¿Cómo comprenderla?

La guerra es una acción sacrificante para restablecer el equilibrio cósmico. Adelantando las muertes necesarias nutre los gérmenes de vida. La guerra que lleva un caballero consiste en conquistar una libertad, en liberar de una opresión, en romper un vínculo convertido en esclavitud, con el fin de permitir la irradiación infinita del Ser puro, el verdadero soberano, de manifestarse. Esta irradiación es la Gloria eterna de Dios Viviente, su todopoderoso Amor creador.

La guerra, como ejercicio cotidiano, va pareja al amor. Ella es el amor que vuelve a su fuente, que protege, defiende y entrega la fuente de la que brota. La guerra, como el amor, comporta una pulsación rítmica y una resonancia sonora, pero están invertidas. Como en la intensidad amorosa, el combate guerrero moviliza todos los recursos del ser en el *abrazo* del entusiasmo: sólo sabe acariciar a aquel que sabe combatir; tan solo ama a aquel que mata. ¿No dice acaso un proverbio sufí "aquel a quién Dios ama, Dios lo mata"?

Amor y guerra nutren el conocimiento, uno por la exaltación expansiva, el otro por la intensidad reintegradora. Y para los amantes, como para los adversarios, el "Mismo" y el "Otro" se inter-penetran y mezclan su hálito y su sangre en la Unidad que los engloba.

Sin el eje de la espada, la balanza del juego de afinidades, el intercambio de polaridades no tiene eje de suspensión y en consecuencia no tienen vida ni sensibilidad. El amor prueba su dimensión y su fuerza en el azote de la muerte; y la guerra no tiene sentido si no es por amor a un orden harmonioso y justo. Las almas pesadas son también almas traspasadas, incluso desgarradas... El hilo que une los corazones, ¿no es el filo de la espada que los abre? Como la espada presente en mitad del lecho, entre Tristán e Isolda.

El amor exalta las sensaciones y decupla las percepciones en la intensidad fusionadora del deseo. La guerra moviliza la atención, la agudeza lúcida; hace al hombre estar alerta, en estado de vigilancia activa, por la fuerza de concentración de la voluntad estimulada por la urgencia vital. No existe llamada a las armas ni a los recursos heroicos del hombre sin esta sensación de

[50] Toda esta espiritualidad de la naturaleza virgen y su lenguaje, vía "edénica" por excelencia, es ilustrada por San Francisco de Asís, trovador de Dios, y en su orden, por San Buenaventura.

amenaza vital, de crisis, de peligro, de envite en que se pone en juego toda la energía personal. Como tampoco no hay amor profundo si todas las facultades del alma y del cuerpo no se encuentran imbuidas por el deseo y la necesidad del amado, obnubiladas por su presencia o su ausencia. En uno u otro caso, la fuerza de impulsión, el fuego movilizador es el de sentir el deseo de unidad – o de unión – ante la polaridad opuesta. Es esta atracción poderosa que imprime en el corazón la consciencia íntima de una harmonía a recuperar (la de la justicia o la de la pareja eterna a "reunir") que es el catalizador. En el campo de Marte como en el de Venus, la voluntad se focaliza sobre un único querer que se impone a la individualidad y la sobrepasa: amar o combatir, con todas sus fuerzas, hasta la muerte, y renunciando a todo interés propio por eso.

Desde luego, esta "fogosidad" de la que hablamos es peligrosa para un psiquismo débil o desequilibrado, por razón de posibles desviaciones. La desviación del amor es la idolatría y la alienación, o bien la lujuria, el abandono a los gozos egoístas del atractivo sensual. La desviación de la guerra es la idolatría de sí mismo, el orgullo de su fuerza o su derecho, o bien la cólera y la ferocidad, la embriaguez de la potencia destructora. El don juanismo es una guerra de amor que combina las dos embriagueces y las dos perversiones: poseer y destruir; gozar y la exaltación de uno mismo. Es por lo que los guerreros deben ante todo ser servidores del Rey de Amor a fin de no caer en la trampa de la nada. Del mismo modo, aquellos que se consagran al "fino amor" de una dama deben someter sus votos al Todopoderoso, al Verídico, a fin de no mofarse de la unidad esencial. En este aspecto, la pureza de corazón – candor e inocencia, como honor y abnegación – es la base y la prenda de la justicia, tanto en el amor como en la batalla. Sólo el ojo del corazón permite orientar y mesurar los actos.

Marte no olvida impunemente a Venus, y viceversa. Marte está sometido a Júpiter, y Venus está guiado por Mercurio. Pero uno y otro están limitados por Saturno y por Diana; y no pueden encontrar mesura y harmonía si no es sometiéndose a la dirección de Apolo, el Agente del Intelecto.

En realidad ligar y desligar son una sola cosa. Ya que crear destruye y destruir crea en otro plano. Disolver y coagular son dos caras de la misma obra. El fuego del amor es el mismo que el de la cólera, como bien ha visto Jacob Böhme. Pero el fuego de la cólera es a desencadenar, en primer lugar, contra sí mismo, reservando el otro para su prójimo. No se puede desbordar sobre otro si no es por un amor más elevado, el del honor de Dios.

Comprender esta alquimia delicada de la guerra santa es el arte de la caballería. Y es la ciencia del blasón que compromete a entender la gradación de la purificación del sí por el fuego para esmaltar la *parte honorable* del ser; y es también el amor de la luz de Verdad y de Gloria que preserva el resplandor del Uno en los "colores" de la Obra. Ninguna situación es neutra. Todo es una perpetua partida de ajedrez. La indiferencia no es más que la parodia del auténtico desapego que consiste en quebrar el alivio a la tiranía del yo.

Naturalmente, estas actitudes de combate o devoción, de disociación o identificación, suponen considerar el objeto de uno u otro proceso como una realidad. Es decir, de creer en la existencia efectiva e irreductible de a lo que está vinculado o de aquello a lo que se combate, y adherirse resueltamente a ello.

Sin embargo, el juego mismo de estos vínculos, doloroso y crucificante, hace percibir tarde o temprano a la consciencia que la verdadera guerra, la que objetivamente es el "servicio" rendido a

la verdad, consiste precisamente en no apegarse de ninguna manera a cualquier tipo que sea de “realidad sensible”. Ni al fruto de estos actos. Es decir, a considerar solamente un hecho aparente – físico o psicológico – por lo que es: una producción transitoria del pensamiento. Y así, llevarlo al grado de inconsistencia del que ha salido por un acto del juego cósmico. Por poner un ejemplo simple y banal, ¿es que acaso, lo que nos permite considerar como más *real* nuestra existencia diurna – despierta o pretendidamente tal – no es nuestra existencia nocturna en sueños, que por otra parte no está lejos de ocupar la mitad de nuestra vida?

La verdadera guerra santa consiste así en derribar las murallas de la prisión en la que nos encerramos voluntariamente por una elección mental; considerarla por lo que és: una combinación aleatoria, un juego de *construcción*, y en sacar lecciones de todo ello. Cuando esta guerra se declara, el adversario es “uno mismo”, en tanto que producimos constantemente un sentido ilusorio de percepción, engendrando a la vez mecanismos de condicionamiento. Y la victoria sólo llegará cuando la adhesión del ser vaya al Ser puro incondicionado, el que permanece más allá de toda forma. A través de la radicalidad de su deseo desnudo (el del Amor creador o irradiación de la Bondad infinita) y de su quididad desnuda (conocimiento de la unicidad, comprensión de la raíz esencial de toda realidad).

Si bien que esta guerra se concluye por un inmenso estallido de risa. Y por un trofeo que es la Esperanza invencible, aquella que no se apoya sobre la esperanza o desesperanza humanas sino sobre la clara conciencia de la única consistencia, eterna, del Ser puro, infinito y absoluto, el Uno sin segundo. Aquél que el espacio y el tiempo no pueden contener.

Desde entonces, el compañero de Eros es realmente Tanatos. Pero éste último es en realidad el mismo dios, que practica la otra cara del juego eterno, armado con la misma arma: un arco rojo, sobre el que se empulgan flechas de oro, silenciosas y zumbadoras.

¿Quién las ha visto pasar? El instante del Presente eterno.

VII. EL MÉTODO INICIÁTICO: PRÁCTICAS RITUALES Y ASCÉTICAS EN LA VÍA HEROICA

Tal como hemos visto, la vía caballeresca gira en torno al conocimiento y utilización de las energías naturales y divinas puestas en práctica en el universo y en el hombre. Ella tiende a amaestralas y transmutarlas, para alcanzar la transfiguración gloriosa del ser, identificado con las energías divinas, volviendo a encontrar su imagen eterna y su semejanza en el Principio.

La práctica central de la caballería, que constituye la base del oficio, es la *beneficencia*: se trate de defender al Rey, defender la Iglesia, socorrer a la Viuda o proteger al Huérfano, su misión es siempre poner su fuerza al servicio del orden divino y su poder de vida. En efecto, lo esencial en toda cosa es combatir la división, la ignorancia, el caos, salvar al mundo creado de la corrupción y llevarlo a su centro. Así, la vocación hospitalaria, protectora y guerrera, consiste en combatir el error y la ignorancia en los espíritus, el mal en las almas, y el sufrimiento en los cuerpos. Esta acción generosa no es tan solo un deber moral; significa también, para el caballero iniciado, la puesta en práctica del principio de no dualidad, tal como especialmente lo expresa el Cristo cuando declara: “En verdad os digo, en tanto en cuanto lo hicisteis con uno de estos hermanos míos más insignificantes, conmigo lo hicisteis” (Mt 25, 40).

El soporte de la realización espiritual efectiva es también la práctica cotidiana de una caridad activa y esclarecida, por las 15 Obras de Justicia y las 15 Obras de Misericordia (cada una repartidas entre 7 Obras carnales y 8 espirituales): las obras de Justicia consisten en defender y guardar la luz divina y hacer respetar el orden del soberano Rey, en el sentido en que "el orden es lo que llama las criaturas al ser" (San Agustín, *De Ordine*), si es preciso por las armas. Las obras de Misericordia se aplican en despertar, desarrollar y salvar la chispa divina presente en cada uno, y en revelar la Faz gloriosa y vivificante del Verbo. Ya que "la religión pura y sin tacha consiste en visitar a las viudas y a los huérfanos, y guardarse de la mancha de este mundo", como dice Santiago en su Epístola[51].

---

[51] Las 15 Obras de Justicia son las siguientes:
** obras carnales*
- Oponerse a la violencia injusta y ciega y hacer respetar la Paz de Dios (inmunidad de los no beligerantes);
- Separar los enemigos y hacer respetar la Tregua de Dios, en los días de paz y las fiestas santas;
- Castigar y perseguir los criminales y los impíos;
- Combatir por su soberano y su rey;
- Proteger al huérfano, socorrer al pobre;
- Defender a la viuda y a los débiles;
- Defender la Iglesia, sus ministros y sus templos.

**obras espirituales*
- Denunciar mentiras y calumnias;
- Apaciguar las discordias y reconciliar a los hermanos;
- Guardar y defender su honor;
- Guardar y defender el honor de las Damas;
- Guardar y defender el honor del soberano;
- Guardar y defender el honor de la orden de caballería;
- Guardar y defender el honor de Dios, de su Santo Nombre y de la verdadera Fe;
- Guardar inviolables los juramentos y secretos comprometidos bajo palabra.

Estas obras corresponden a las beatitudes siguientes:
- Felices los artífices de la Paz;
- Felices aquellos que tienen hambre y sed de Justicia;
- Felices aquellos que son perseguidos por la justicia;
- Felices los corazones puros.

Las 15 Obras de Misericordia son las siguientes:
**obras carnales*
- Dar de comer y beber a aquellos que tienen hambre;
- Dar vestido a aquellos que están desnudos;
- Cuidar a los enfermos;
- Redimir a los cautivos;
- Visitar los prisioneros;
- Recoger a los pobres y viajeros;
- Dar sepultura a los muertos;

**obras espirituales*
- Convertir a los pecadores;
- Consolar los afligidos;
- Aconsejar a aquellos que tengan necesidad;
- Soportar los defectos del prójimo;
- Perdonar a los enemigos;
- Rogar por los vivos y muertos;
- Instruir a los ignorantes;
- Implorar la Misericordia y la bendición de Dios;

Estas obras corresponden a las beatitudes siguientes:
- Felices los pobres de espíritu;
- Felices los afligidos;
- Felices los dulces;
- Felices los misericordiosos.

Estas prácticas están encaminadas, por una parte, a cumplir los *deberes* de estado – en el sentido compañónico y masónico de la palabra -, que mantienen la cadena que enlaza el Cielo y la Tierra y el corazón del caballero a todos sus hermanos y con todos los hombres, por otra, a adquirir y realizar las virtudes que constituyen estados del ser: generosidad, coraje, fuerza, justicia, perseverancia, obediencia, paciencia, clemencia, honor, cortesía...

El aprendizaje de las virtudes debe entenderse como el desarrollo de las cualidades de *virilidad espiritual*: la orientación justa y la energía vital. En el sentido en que el coraje, etimológicamente, es la *fuerza del corazón* y su atenta vigilancia. Hay una equivalencia de raíz en latín entre *vir*, el hombre fuerte o el guerrero; *virtus*, la voluntad recta; *vis*, la fuerza; *vita*, la vitalidad; y *viriditas*, el verdor o la llama de la juventud. Julius Evola[52], hablando de la "virulencia" de la "virilidad heroica", escribe; la raíz *vir* (cf. las palabras latinas vis, virtus) es idéntica a la de la palabra en sánscrito *vîrya*, término técnico de la doctrina hindú de la regeneración... De hecho, en la doctrina hindú, y sobre todo en el budismo, la vîrya es esta fuerza verdaderamente particular que, una vez aislada, es capaz de reaccionar sobre el modo habitual de los elementos del ser, desarrollando una acción que ya no forma parte de la "naturaleza" y que es pues asimilable a la del "Fuego no natural" y al "Fuego contra natura" (de la alquimia en la vía seca). La activación de esta energía tiene por fin y efecto despertar los centros sutiles del individuo y transmutar la energía vital en energía espiritual. Por este fuego interno o "fuego secreto" del "deseo ardiente", se trata de "separar lo sutil de lo denso", de depurar la sangre y liberar el cuerpo de gloria.

Así las virtudes caballerescas tienen a la vez un valor simbólico y operativo. Ellas son medio de conocimiento y de realización: las 7 virtudes cardinales o teologales deben despertar los "siete durmientes" de los centros sutiles correspondientes a las 7 armas del caballero. Al mismo tiempo, ellas cumplen la ascensión de las 7 esferas planetarias, la realización de los 7 colores del blasón, y la adquisición de las 7 piedras preciosas que son las etapas mágicas de la realización del cuerpo de cristal, y que reunidas, engastan la corona de la realeza perfecta. Del mismo modo los Templarios pronunciaban 7 votos cuando su recepción en la Orden:

Centros	***Planetas***	***Gemas***	***Esmaltes***	***Votos Templarios***
cráneo	Saturno	diamante	sable	Observar las tradiciones de la Orden
frente	Júpiter	zafiro	azur	*Obediencia*
garganta	Marte	carbunclo	gules	Ayudar a conquistar y guardar Tierra Santa
corazón	Sol	rubí	oro	*Pobreza*
ombligo	Venus	esmeralda	sinople	Proteger y socorrer los cristianos maltratados
vientre	Mercurio	amatista	púrpura	*Castidad*
sacro	Luna	perla	plata	No dejar jamás la Orden por otra

52 *La Tradition hermétique*, por Julius Evola, París, 1983.

Los dos ejes de transmutación de la energía son la guerra y el amor. Corresponden a las dos facultades irascible y concupiscible, a Martes y a Venus, al Azufre y al Mercurio, y a las dos columnas del Templo.

1. La guerra y las artes marciales

La guerra, concebida como guerra santa, es un combate según los dos filos de la espada, simultáneamente contra el enemigo exterior y contra el enemigo interior: el “hombre viejo”. Ya que, según el principio de no dualidad, los adversarios que uno encuentra encarnan siempre una fuerza hostil que está en uno mismo. De donde el respeto que se debe al caballero adverso, que en verdad es la propia imagen. A propósito de la concepción sagrada de la guerra y de la “mors triumphalis”, Julius Evola escribe[53]:

“Aquí se despierta una fuerza exaltante y violenta, como en las formas frenéticas u orgiásticas de la vía húmeda. Pero a esta fuerza se le añade la cualidad metálica del Hierro o Marte. Técnicamente, el arranque heroico tiene posibilidades parecidas a las del impulso místico (...) con tal que el elemento Marte [sea purificado de sus escorias] y con tal que el impulso sea tan intenso que pueda llevarlo más allá de la clausura inherente a la dureza viril, y partiendo, más allá también del límite individual”. Así, en el ciclo artúrico, esto equivale a extraer la espada de la piedra (o del yunque), es decir, sacar el principio viril espiritual de uno mismo, extraer la energía del Verbo Todopoderoso de la naturaleza creada.

Fuera de la guerra propiamente dicha, la vía caballeresca comprende dos ejercicios rituales o artes marciales.

Los torneos, justas, y pasos de armas, tienen por primer objeto ejercer y testar el valor y la seguridad del caballero en las dos disciplinas cardinales de su oficio: la esgrima de la lanza y la espada, y la equitación, arte de montar a caballo, y por extensión, del equilibrio y la maestría del sí. Observemos que en los torneos el vencedor tenía el derecho de apropiarse las armas y el caballo del vencido.

Pero más aún, son ceremonias rituales y heráldicas donde son magnificados el coraje, la dirección, el honor y la cortesía. La liza es un campo cercado, originalmente de forma circular y más adelante rectangular, en el que se enfrentan al mediodía caballeros transformados en llamas vivientes, de todos los colores, en sus caparazones heráldicos, e identificados por la máscara totémica que forman la cimera, el escudo y otros emblemas. La etiqueta de los torneos, extremadamente precisa y rigurosa, y dirigida por los heraldos de armas, expresa la disposición arquetípica del orden del mundo y las esferas celestes. Así, por ejemplo, el *Livre des Tournois* del rey Renato expone que el premio de un torneo era otorgado de la manera siguiente: cuatro hombres (2 caballeros y 2 escuderos) y tres mujeres (2 damiselas y la Dama que lleva el premio), o sea, siete en total - las damas representan aquí el elemento celeste de la heptada -, se tenían en una cadena por el antebrazo, hacían tres veces la vuelta en torno a la sala a la luz de las antorchas y al son de las trompetas, deteniéndose luego ante el laureado. Entonces la Dama desvelaba el premio, hasta aquel momento cubierto, y daba un beso al elegido.

[53] *Ibidem.*

De igual modo, la montería obedece a un ceremonial estricto y hierático que merecería por sí solo un estudio completo. Observemos que la caza del ciervo, del jabalí, del lobo, incluso del león (único animal que los Templarios tenían derecho a cazar), toma todo su significado de valor simbólico y totémico de la bestia de caza. Ella es también una persecución heráldica por apropiarse de una virtud, amaestrar una facultad de la naturaleza y el alma. Sucede lo mismo, y de manera aún más marcada en los ritos de la halconería. El halcón, o el sagrado (*hieros* en griego), emblema de Horus en Egipto y del Paráclito en el cristianismo, fue desde siempre un pájaro sagrado, símbolo del vigilante[54]. Su vuelo de ataque, describiendo círculos en el cielo, evocan los recintos protegiendo el Centro espiritual polar.

Por último mencionaremos el juego de ajedrez o juego del Rey, que es a la vez un "mandala" de 8 x 8 casillas y un "pavimento mosaico", en el que seis suertes de personajes representan todas las direcciones del espacio y todos los movimientos posibles. Por este juego silencioso de polaridades ordenadas, los adversarios se ejercitan en la maestría de la voluntad del poder por una ascesis simbólica en que el enfrentamiento se transmuta en juego de las diadas cósmicas; y donde el hombre de guerra aprende el poder de la concentración y la asunción de la acción en contemplación activa.

2. Las artes del amor cortés

En la confrontación amorosa, la ascesis es la de la disciplina del deseo, regida por las reglas muy estrictas que aplican los verdaderos tribunales que son las cortes de amor[55]. Esta confrontación consiste esencialmente en exaltar la atracción magnética entre el caballero y su Dama, y en transmutar esta energía en fuerza de perfeccionamiento espiritual. El "fino amor" equivale, aquí también, a "separar lo sutil de lo denso" depurando la naturaleza del deseo. Julius Evola[56] observa así que "el transporte y la exaltación del eros juega un papel técnico en tanto que soporte de la realización iniciática". Y añade[57]: "la mujer, la fuerza vivificante, el poder, el conocimiento trascendente, son un peligro en tanto que codicia". Por bien, que lo que se trata es de sacrificar la necesidad de posesión – egoísta – para liberar la energía de amor que permitirá la identificación transformadora en la pura oblación de uno mismo.

---

[54] Cf. sobre el halcón, *El bestiario de Cristo* de Louis Charbonneau-Lassay - Edit. J.J. Olañeta, Palma de Mallorca, 1996.

[55] En *La cour amoreuse dite de Charles VI* (publicada en París por las ediciones del Lépopard d'or en 1982), corte que fue fundada en 1400, destacamos en la Carta constitutiva esta "declaración de intenciones": "Por humilde intención y muy bondadoso amor, que la gloriosa virtud de la humildad y la constante virtud de lealtad reluzcan claramente en toda tierra en que la fe cristiana regente y domine, ya que la divina providencia alimenta muy dulcemente de diversas y agradables maneras a todos aquellos y aquellas que con estas dos muy felices virtudes embellecen y adornan el entendimiento de sus corazones...". Todos los actos realizados en el interior de la Corte deben así reposar sobre las dos "columnas" que son las virtudes de humildad y lealtad. Observemos también que todos sus miembros "deben tener los corazones ornados de virtuosas y honestas palabras", bajo penas infamantes y bochornosas, lo que hace alusión a esta disciplina de la palabra que evocamos (y que puede ponerse en paralelo con este artículo de la regla del Temple, que dice "que el mal está en poder de la lengua"). Señalaremos también que este género de corte, era talmente poco un divertimiento profano que en la carta que hemos mencionado es invocada en varias ocasiones la autoridad de Dios Todopoderoso, el asistir a las misas a que estaban obligados los participantes, el arbitraje de 24 caballeros teniendo "experto conocimiento en la ciencia de la retórica", al igual que esta consideración de elevado alcance metafísico: "...por lo que la grandeza de amor es incomprensible y que todo noble y otros dignos de estar amorosos deben engalanar sus corazones con las virtudes y gracias, en la medida de cada uno, para alcanzar un buen renombre..." (es decir, honorar su "nombre"). En definitiva, mencionar que la fiesta de San Valentín era escogida como fecha de apertura, en especial, porque en esa fecha "los pajarillos reemprenden sus dulces cantos anunciando la llegada de la graciosa primavera...", y que así una misa será cantada...

[56] *Le mystère du Graal*, op. cit., pág. 208.

[57] *Ibidem*, pág. 115.

El “deseo ardiente” puesto en juego, por ejemplo en el *libro de las cortes del amor divino* del rey Renato (o Deseo es el escudero del Corazón), es, en su sentido etimológico de *desiderium*, la *nostalgia de la estrella* que lleva en su memoria original todo “hombre de deseo”, y que guía el *initium ad astra*. La Dama es esta estrella llameante (y para los caballeros-monjes, Nuestra Señora) hacia la que tiende el ser y que es la imagen de su propio corazón iluminado por el amor divino. Ella es la inspiradora, el polo, y el móvil de la transformación del guerrero brutal y el héroe solar. Es por su influencia que se reconcilian las tendencias opuestas, y que “se reúne lo que está disperso” en la unidad del Andrógino primordial. En el *Parzival* de W. von Eschenbach, Obilote declara así a Gauvain: “Mi amor os dará la paz, os salvaguardará de todo peligro, junto a vuestro valor no flaqueareis en defenderos hasta el final. Yo estoy con vos, mi deseo está estrechamente ligado al vuestro, y quiero estar próxima a vos en el combate, pero en verdad seréis vos quien combatiréis en mí”. Así, la Dama no es otra cosa que el doble celeste del héroe, su desarrollo luminoso, que lo protege y lo educa, lo “edifica” en la unificación de emociones, sentimientos, pensamientos, en la maestría de las palabras, los gestos, la voluntad, gracias a la imantación magnética y mercurial que los liga en su interior.

Las disciplinas conexas del amor cortés, que ritualizan esta atracción de polaridades complementarias, son la danza y el canto. La danza une el gesto al sonido y al ritmo, en la belleza de una harmonía concebida como el reflejo de la música de las esferas, concordando la ronda del microcosmos con la del macrocosmos. Ella es entonces una danza sagrada. De igual modo, el canto expresa por su poesía la harmonía creadora brotada de la frescura original. Tiene la virtud de concordar el sentido, la palabra y el soplo, según el ritmo melódico propio de las Musas.

Así, el caballero cumplido sabe aliar la Fuerza de Marte y la Belleza de Venus, la energía y la harmonía, la lucha de los opuestos y la unión de los complementarios. Como David, tañendo el arpa, componiendo Salmos, y danzando ante el Arca de la Alianza, pero que también es quien vence a Goliath. Observaremos por otra parte que siempre es el desequilibrio producido por el *hybris* en uno de estos dos “polos” que lleva a las naturalezas aristocráticas y heroicas a su pérdida, como testimonian por ejemplo los mitos de Don Quijote o Don Juan.

Ya que, por encima de la Fuerza y la Belleza debe tenerse la Sabiduría, que las une y equilibra, y que son objeto de la tercer y central práctica de la vía caballeresca.

3. El amor de Dios y el servicio al “Alto Maestro”

Para el hombre de acción que es el guerrero, este deber comporta primeramente la obligación general de hacer frecuentes *retiros* de uno mismo, en la soledad, y si es posible asistir a misa cada mañana. En las órdenes de Tierra Santa se le añadían los tres votos monásticos de pobreza, castidad y obediencia, que tenían por virtud anular la propia voluntad, es decir, mortificar el yo: el ocupante embustero y usurpador de la plaza fuerte del corazón que sólo pertenece a Dios. Es preciso pues hacer morir o botar fuera de sí a este enemigo, a fin de que el Alto Maestro pueda restablecer en sus derechos y coronar al rey legítimo, su lugarteniente y su imagen, al hombre verdadero.

Observemos que lo esencial de las prácticas rituales en estas órdenes consiste en la obligación de *la oración repetida* y casi perpetua, que debe decirse en el secreto del corazón, iluminado por el

Espíritu Santo. Era así que los Templarios estaban obligados a recitar 170 Padrenuestros cada día repartidos de este modo[58]:

- Maitines:
  26: 13 Padrenuestros por Nuestra Señora y 13 por el día;
  30 para los muertos;
  30 para los vivos;
- Prima: 13 Padrenuestros: 7 por Nuestra Señora y 6 por el día;
- Tercia: Ídem;
- Sexta: Ídem;
- Nona: Ídem;
- Vísperas: 18 Padrenuestros, 9 por Nuestra Señora y 9 por el día;
- Completas: 14 Padrenuestros, 7 por Nuestra Señora y 7 por el día.

Señalaremos de pasada la importancia simbólica de los números[59], 13 (el Gran Maestro es también elegido por 13 electores), 7 y 9, así como el 26, valor del Gran Nombre *IHVH* y 17, valor del Nombre *Jesús*. Los caballeros de San Juan, además del Oficio de la Virgen y el Oficio de los muertos, así como un Padrenuestro por los difuntos de la Orden, debían recitar cotidianamente 50 Padrenuestros y 50 Avemarías.

Estas invocaciones – algunas de las cuales eran secretas, como hemos visto – son el igual exacto del grito *de guerra* y de la *queja amorosa*, poniendo los tres en juego el soplo, soporte de energía del Espíritu Santo. Además, se pueden encontrar en las novelas del Grial la indicación de posturas corporales ritualísticas para la plegaria: girado hacia Oriente, prosternado sobre codos y rodillas, brazos cruzados sobre el pecho, manos juntas, ...etc.

Los caballeros invocaban a Dios ante todo bajo su aspecto de Rey del universo, de Todopoderoso, Fuerza creadora, conservadora y destructora de toda cosa. También, muy a menudo, se puede observar que las manifestaciones sobrenaturales en la vía heroica se traducen por el relámpago, el rayo, y la tormenta, o por prodigios y signos milagrosos y maravillosos, que traducen el aspecto "jupiteriano" de la divinidad, y que son otras tantas órdenes del Alto Maestro que un avezado caballero errante tenía que descifrar.

Por la práctica constante de estas tres disciplinas rituales de amor, guerra y oraciones, "situadas" en los cielos de Venus, Marte y el Sol, que vivifican el cumplimiento de las 30 obras de Justicia y Misericordia, el caballero de corazón recto puede alcanzar realizar la perfección iniciática de su estado; y acceder así a la realeza interior.

A los términos de perfección iniciática real, el "mejor caballero" deviene "rey del Grial en el Palacio Espiritual", es decir, vigilante gobernador del Centro del Mundo, y depositario de la inefable Gloria del Rey de Reyes. Entonces, la función hierática y el emblema heráldico se reúnen en la figura celeste del Príncipe de la Faz, "Preboste del Paraíso y Príncipe de las Milicias

[58] Cf. *La vie quotidienne des Templiers au XIII*[é] *siècle*, por Georges Bordonove, París, 1975.
[59] El número 13, en particular, parece jugar un papel importante en las órdenes de los monjes-caballeros: 13 electores designan al Gran Maestro del Temple, exactamente igual como en la Orden de Nuestra Señora de los Teutónicos, y la Orden de Santiago es dirigida por el *trecenazgo*, colegio de 13 caballeros profesos. Sin agotar otros sentidos más secretos, se puede reconocer el duodenario reunido en torno al centro de la Unidad.

celestes”, San Miguel, rector supremo y eterno de la vía real, arcángel portador del *escudo* del Todopoderoso, y cuyos “colores” son los mismos que los de Galaad. “El blasón de Galaad, “el mejor caballero del mundo”, es de plata con una cruz de gules, imagen de la virginidad como soporte y llamada del sacrificio redentor (...). Es en el corazón de todo caballero, en su Oriente, que se encuentra este escudo cuando el caballero se halla suficientemente avanzado en su gesta: es en efecto el de los Guardianes, que velan hasta el fin de los tiempos azarosos, hasta el advenimiento apocalíptico, al amparo de la Jerusalén Invisible”[60].

Es así como el caballero toma medida de lo que es el hombre y su fin. Ya que “si la plenitud de la divinidad ha residido corporalmente en el Cristo” como dice San Pablo, ella puede también descender sobre aquellos que, despojándose por entero de ellos mismos y haciendo sacrificio de su vida, se hacen imitadores y miembros de Cristo.

Y San Bernardo puede decir, en su “Alabanza de la Nueva Milicia”[61], escrita para los Templarios: “¡qué dulce es para los peregrinos, después de todas las fatigas de la larga ruta, después de mil peligros por tierra y por mar, reposar finalmente allí donde ellos saben que su maestro reposó!”.

Y concluiremos con estas últimas palabras de la instrucción a los Pobres Caballeros de Cristo: “Tales son las riquezas que la profecía promete en palabras del Señor: El Señor consolará Sión, consolará todas sus ruinas. Su desierto se convertirá en ensueño, y la soledad será como un jardín del Señor. Volverá a encontrar la alegría y el júbilo, la acción de gracias, la coz de la alabanza” (Is 57, 3).

He aquí pues que estas delicias del mundo, este tesoro celeste, esta herencia de los pueblos fieles, son confiadas, mis muy queridos, a vuestra fe, a vuestra prudencia y a vuestro coraje. Ahora bien, os bastará suficientemente para guardar fielmente y con seguridad éste depósito celeste, si contáis siempre, no con vuestra habilidad y vuestra fuerza, sino con el socorro de Dios, sabiendo que el hombre no se sostendrá por su propia fuerza, y diciendo con el profeta: “El Señor es mi apoyo y mi refugio, es a Él a quien me entrego” (Sal 17, 3).

Y todavía: “¡No a nosotros Señor, no a nosotros sino a tu Nombre, dale la Gloria!” (Sal 115:1). “¡Bendito sea Yahvéh, mi Roca, que adiestra mis manos para el combate, mis dedos para la batalla…!” (Sal 144:1).



[60] Pascal Gambirasio, *ibidem*, pág. 211.
[61] San Bernardo de Claraval *La Louange de la Millice nouvelle*, Namur, 1958, trad. E de Solms.



"SÍ, **EL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO ES CRISTIANO**... PERO SOBRE TODO ES CRISTIANO **EN EL SENTIDO DE LA REUNIÓN DE TODAS LAS CONFESIONES CRISTIANAS**... ESTO ES, QUE NO SE ADHIERE A UNA CONFESIÓN U OTRA, SINO QUE CONSIDERA AQUELLO QUE HACE **RETORNAR A LA FUENTE PRIMERA** DE LA QUE TODAS HAN SURGIDO PARA PODER REUNIRLAS EN UN SOLO GRUPO Y, REUNIENDO LAS CONFESIONES CRISTIANAS, **REUNIR A TODOS LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD QUE AMAN A SU PRÓJIMO Y QUE AMAN A DIOS**, DE TAL FORMA QUE TODA LA FAMILIA HUMANA PUEDA RECONSTITUIR ESA VERDADERA FRATERNIDAD, ESE ***CUERPO MÍSTICO GENERAL*** EN EL QUE DEBERÍA HABER PERMANECIDO".

Jean-Marc Vivenza,
***El Régimen Escocés Rectificado y su vocación espiritual*, Baglis TV, 2012**

Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas & Martinezistas de España
Apartado de Correos nº 55.031
28080 MADRID
ESPAÑA
geimme@arrakis.es